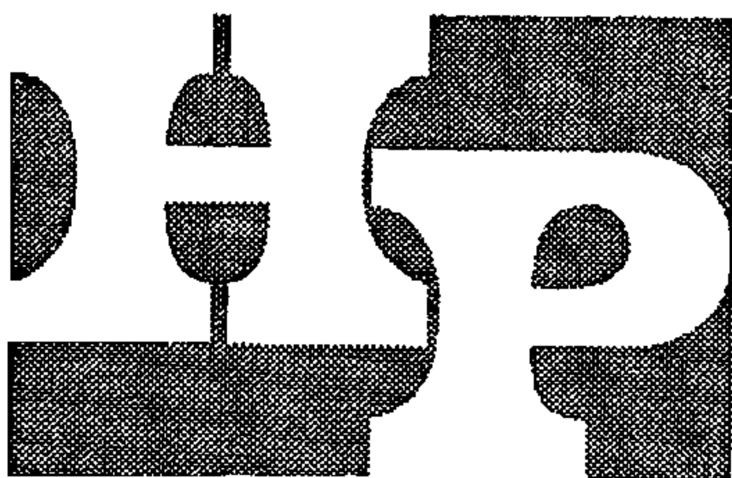
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Silver Kane

MUJERES DEL SUR





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

MUJERES DEL SUR

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 119
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Depósito legal: B 4851-1972

Impreso en España - Printed in Spain

2ª edición: abril, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

El hombre que estaba apoyado en uno de los carromatos, con el rifle preparado, mirando hacia el horizonte teñido de negro, hizo una expresiva mueca.

—¡Menuda fiesta! —comentó con admiración.

Uno de los que estaban a su lado curvó los labios.

—Y nosotros aquí, aguantando mecha, sin una mala botella de licor…

—No te preocupes. Dicen que luego habrá de todo para nosotros. Tú ya sabes lo que ocurre en esta clase de fiestas: sobra comida y bebida para abastecer un regimiento.

—Es que éstos lo están haciendo en grande, desde luego… ¡Menudo derroche! Cuando las viejas familias del Sur se ponen a gastar, lo hacen por todo lo alto…

Los dos hombres, casi a la vez, volvieron sus rostros hacia la casa.

Ésta era un sólido y magnífico edificio del Sur, con sus altas y esbeltas columnas blancas, sus ventanas en el primer piso y su artístico friso griego. Todo estaba iluminado hasta la exageración, y las ventanas relucían como ascuas en la quietud de la noche. Los sones de la música que desgranaba la orquesta saltaban lánguidamente sobre las sombras del inmenso jardín que rodeaba la casa.

Más allá de esas sombras, en la zona oscura, algunos carromatos estaban alineados a modo de parapeto. Dos docenas de hombres vestidos con uniformes del Sur montaban guardia celosamente. En los últimos tiempos de la guerra, y sobre todo cuando las patrullas del Norte ya se infiltraban por todas partes, no se podía descuidar la vigilancia ni para celebrar una fiesta.

Dentro de la casa todo era fastuoso, como en una estampa del viejo Sur. Parecía como si la guerra no hubiera existido nunca.

Ricos hacendados, que contaban por centenares sus esclavos, se habían vestido sus mejores ropas para bailar con damas que necesitaban cuatro doncellas sólo para calzarse y descalzarse. Pomposos generales vestidos de gris lucían sus entorchados de oro a la luz de los candelabros. Docenas de damiselas que habían de heredar auténticas fortunas, esperaban con cierta secreta ansiedad a que alguno de los gallardos oficiales las sacase a bailar.

Uno de aquellos oficiales, principalmente, era el blanco de todas las miradas.

Alto, fuerte, rubio, vestido con un uniforme impecable y luciendo los entorchados de capitán, hubiera llamado la atención en cualquier parte, pero mucho más en aquella fiesta donde escaseaban los hombres jóvenes, porque la mayor parte de ellos estaban en el frente.

El capitán sabía que era el centro de todas las miradas femeninas, y la verdad era que eso no le dejaba indiferente, ni mucho menos.

Hubiera querido bailar con todas, pero no podía.

Porque aquella fiesta se daba precisamente para celebrar sus esponsales con una rica heredera del Sur.

Y la novia estaba allí.

Cuando terminó la pieza, el capitán se inclinó ceremoniosamente ante la dama otoñal con la que acababa de danzar, y que era la esposa de un general de la Caballería del Sur.

La dama sonrió encantadoramente.

—Gracias, capitán Stanley —musitó.

—A sus pies, señora.

—No quiero robarle más tiempo. Usted se debe a su prometida.

—Yo me debo a las órdenes que usted quiera darme, señora. Con su permiso.

Volvió a inclinarse y caminó luego hacia una mujer que le estaba esperando en un ángulo de la sala.

Mientras avanzaba hacia ella, los ojos del capitán Red Stanley la retrataron crudamente, fijamente, con absoluta imparcialidad.

Iba a casarse con ella.

La mayor parte de los hombres miran a sus futuras esposas con

cierta ilusión, pero no era ése el caso del capitán Stanley. Por el hecho de hallarse ante su prometida, no la miraba de modo distinto a las demás mujeres. Para él seguía siendo la muchachita apasionada que conoció un año atrás, quizás algo inexperta besando, de piernas tal vez un poco flacas, pero con una ilusión infinita por ser su mujer…, y con una auténtica fortuna como dote.

Ella tendió las manos trémulas al acercarse él.

—Red… Tus ojos me hacían daño.

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso?

—Me mirabas de un modo…

—¿Cómo te miraba?

—Como si no me quisieras…

Red Stanley sonrió, pero detrás de su sonrisa no había más que hielo. Era verdad, sus ojos le traicionaban a veces. El miraba a aquella muchachita con la indiferencia del que ha tenido docenas de mujeres en sus brazos, y sólo se entusiasma ya ante las que tienen mucha calidad. Y ésta, Chris, no la tenía.

El infinito amor que mostraba por él resultaba poco para Red Stanley, que estaba acostumbrado a acariciar cuerpos ondulantes y hacía poco caso de las miradas ingenuas y puras.

Pero disimuló.

—Uno tiene sus preocupaciones, Chris —dijo suavemente—. A veces me pregunto si tenemos derecho a casarnos y ser felices cuando en torno a nosotros ruge esta espantosa guerra.

—La guerra terminará algún día, Red. No pienses ahora en ella.

El la enlazó por el talle, mientras la elegante orquesta desgranaba una nueva melodía.

—Tienes razón, querida. Nada es tan importante como nuestro amor. Ni la vida ni la muerte. Nada. Sólo tú y yo existimos en el mundo. Tú y yo y esta música.

—Me gusta cuando me tomas en tus brazos, Red… Me gusta oírte hablar…

Los ojos de Chris eran toda una apasionada confesión de amor, pero Stanley no la miraba.

Mientras danzaban elegantemente, perdidos entre las demás parejas, el alto oficial escrutaba por todos los rincones de la sala buscando a una determinada persona.

Al fin la encontró.

Era una mujer.

Estaba quieta en un ángulo, envuelta en su ceñido traje de noche rojo que la dotaba de una satánica belleza. Su negro pelo estaba peinado a un lado, y sus labios rojos, sensuales, quietos, eran como una llamada. Las caderas de ánfora constituían como un imán para las miradas de los demás hombres, pero ella no se fijaba en eso.

Ella sólo tenía ojos para una sola persona.

Stanley.

Y Stanley le hizo una seña muda mientras danzaba, mientras sentía sobre el pecho el suave peso de la cabeza de su prometida, que se apretaba a él como un pajarillo.

La mujer del vestido rojo comprendió.

Se separó del ángulo lentamente.

Cuando la pieza cesó, Chris se dio cuenta de que algo extraño ocurría. Algo que no acertaba a explicar, pero que estaba en el aire, que podía palparse casi.

—Red…

El la miró.

—¿Qué sucede?

—No me has dicho una palabra mientras bailábamos. No me has ceñido contra tu cuerpo ni una sola vez. Danzabas mecánicamente, con aire lejano, como pensando en otra cosa.

—Figuraciones tuyas, querida… Aunque quizá sí que esté algo extraño esta noche. No me quito de la cabeza lo que dicen de la rendición y del general Láe.

—¿Cómo he de suplicarte que no pienses en ello, Red? Esta noche es nuestra. Mañana nos habremos convertido en marido y mujer y yo seré tuya, enteramente tuya…

—Sí, Chris.

Ante la mirada cálida de la mujer añadió lentamente:

—Ahora he de marchar un momento.

—¿Marchar? ¿A dónde?

—Tengo que recibir a un ordenanza, el cual ha de entregarme un mensaje. Pero no puedo llamar la atención, y por eso hemos acordado que nos encontraríamos en el exterior. Como máximo estaré fuera del salón una hora.

—No tardes más, Red… Estaré sufriendo.

—¿Ya empiezas a sufrir y aún no me he movido de tu casa? La

mujer de un oficial tiene que ser más fuerte, Chris. Hay ausencias y peligros que no pueden evitarse.

—Sí, Red, pero…

Red Stanley dijo, disimulando a duras penas su impaciencia:

—Aguárdame. Es sólo una hora.

Se separó de ella y cruzó todo el salón, correspondiendo con una inclinación de cabeza a los saludos de las damas y con un indescifrable guiño a las miradas de las muchachas que ocupaban casi enteramente todo un lado del salón.

Una vez estuvo fuera, ya no pudo disimular más su impaciencia.

Sabía que la mujer del vestido rojo le estaba aguardando en una de las habitaciones superiores, y que sólo disponían de una hora. No quería perder un segundo más.

Con esa habilidad que han adquirido los hombres entrenados para la emboscada, Red Stanley se perdió entre las sombras sin ser visto por nadie. Rodeó en parte la casa y, en la pared que daba al Oeste, descubrió una ventana superior que despedía luz.

Correspondía a la habitación donde debían estarle aguardando.

Stanley se asió a los arbustos que trepaban por la pared y los empleó como punto de sujeción, ascendiendo con agilidad felina. Al llegar al nivel de la ventana, llamó quedamente con los nudillos.

Dos manos suaves y finas, maravillosamente enjoyadas, abrieron.

Red Stanley saltó al interior.

La mujer del vestido rojo y él se fundieron en un estrecho abrazo.

Sin embargo, él notaba en la mujer del vestido rojo lo mismo que Chris notaba en él: que no lo ponía todo de su parte. Que en cierto modo estaba pensando en otra cosa mientras dejaba que la acariciase.

Fue ella la que se apartó suavemente, con los movimientos de una gata.

—Irina…

La voz de Stanley era espesa y ronca. En cada una de sus inflexiones temblaba la pasión.

Se producía la misma situación que con él y Chris, pero radicalmente al revés.

Aquí era él quien temblaba de pasión, quien miraba a su pareja

con una ilusión casi conmovedora.

Claro que en la mirada del hombre había algo absolutamente turbio.

Mirada de hombre que entiende; de hombre que sabe catalogar.

Ella se apoyó en la pared.

No se había alterado, no parecía sentir la menor emoción. Era la mujer más hermosa, pero también la más fría que Stanley había conocido en todos los días de su vida.

Irina, una de las más ricas herederas del Sur, llevaba encima una auténtica fortuna en joyas. Pero Stanley no se fijaba en ellas, sino en la maravilla palpitante de su cuerpo.

Ella empezó a desabrocharse su collar de perlas lentamente, muy lentamente, mientras le miraba.

Red Stanley temblaba de pasión.

Una vez se hubo desabrochado el collar, lo depositó sobre una mesita que estaba junto al diván.

Empezó entonces a quitarse un brazalete con una lentitud exasperante.

—Irina…

La voz del hombre era tan ronca que casi parecía un quejido.

Ella le miró. Tenía unos extraños ojos color miel que parecían acariciar, pero, sin embargo, eran fríos. De pronto se echó a reír.

Su carcajada argentina hizo palpitar la habitación entera.

—¿De qué te ríes, Irina?

—¿No te da vergüenza?

—¿Vergüenza de qué?

—Ésta es la casa de tu prometida, ¿no?

—¿Y qué? Mañana será mía.

—Mañana… Mañana, naturalmente, le jurarás amor eterno.

—Irina, no hablemos de eso… No hablemos de eso, te lo suplico. Nunca creí que llegara a ser mía una mujer como tú. Eres fabulosamente rica, eres joven y hermosa, lo tienes todo… Me has elegido a mí para conocer el amor, pero sólo disponemos de una hora. No vayamos a perderla…

Ella lanzó otra carcajada.

Ya no llevaba joyas; su cuerpo ondulante era como el de una sirena.

Sobre la mesita contigua al diván reposaba una auténtica

fortuna en perlas, brillantes y zafiros, pero Red Stanley no le dirigió una sola mirada. Toda su vida, todas sus fuerzas, todos sus deseos, estaban sólo pendientes de la mujer.

Avanzó un paso hacia ella, e intentó encerrarla en sus brazos.

Pero de pronto, abajo, sonó un grito.

Un grito furioso, ronco, lanzado a la vez por varios hombres.

Las exclamaciones, cada vez más airadas y mezcladas a improperios, llegaron hasta allí.

—¡El general Lee se ha rendido en Appomatox!

—¡El Sur ha sido derrotado!

—¡Los nordistas avanzan hacia aquí!

Red Stanley también oyó aquello claramente, pero no le prestó la atención que en otro momento le hubiera prestado.

Sólo le importaba la mujer.

Pero vio entonces, con sorpresa, que un sutil cambio se estaba produciendo en ésta. Sus ojos color miel ya no le miraban a él, sino a un punto indeterminado de la estancia. Sus labios se habían plegado en una mueca. Sus manos, antes tan tranquilas, temblaban ahora ligeramente.

Red dijo:

—Nena…

—No te acerques a mí.

—Pero ¿qué sucede? ¿No habíamos acordado que…?

—Ahora es distinto.

Red Stanley lanzó una imprecación. Sus manos impacientes desgarraron todo un hombro en el vestido de la mujer.

Y de pronto notó aquella cosa dura clavada en el estómago.

Miró con asombro. No supo de dónde diablos había sacado Irina aquello. Pero era un «Derringer», estaba cargado y se apoyaba en su piel. No se podían gastar bromas con una cosa semejante.

—Vete, Red. No muevas una mano o te mataré.

—Pero…

—Te he dicho que ahora es distinto. Y te juro que estoy dispuesta a apretar el gatillo. ¡Vamos, Red!

El hombre retrocedió, tambaleándose como un borracho.

CAPÍTULO II

El juez farfulló:

—Y, por lo tanto, os declaro marido y mujer.

Los dos únicos testigos —y al mismo tiempo únicos invitados— que asistían a la boda, se apresuraron a felicitar al novio.

—Tú, canalla…, ¡arrea! —dijo uno.

—Llevas buena compañía para ir al infierno —gruñó el otro.

El novio exclamó:

—¡Qué finos!

—¿Qué esperabas? ¿Qué te hiciéramos un regalo encima?

—Hombre, al menos podríais disimular.

—Ni disimulos ni nada. Arrea, vuelve a la celda.

Uno de los guardianes volvió a colocarle las esposas y lo empujó hacia la puerta que comunicaba con la prisión. El juez arrugó el ceño, porque las bodas como aquélla no le gustaban, pero ya estaba hecho.

—Bueno, no hace falta que lo matéis antes de la hora —gruñó.

—No intentamos matarle. Lo que queremos es que el pájaro no escape.

Y sujetaron con ambos brazos al novio, empujándolo con más vigor que antes hacia el departamento de celdas.

Fue entonces cuantío se oyó aquella voz:

—Un momento.

Todos se volvieron, porque la voz, aunque suave, era autoritaria. Y todos pudieron ver entonces, con completo detalle, a la novia. La novia se había sentado en una de las sillas inmediatamente después de la ceremonia, y acababa de cruzar las piernas subiéndose la falda sin demasiadas precauciones, para estar más cómoda. Tenía las piernas rnás bonitas que se habían visto en Texas, y además,

diablos, sabía enseñarlas. Por si eso fuera poco, la novia debía tener entonces veinte años, de modo que hacía falta estar borracho para imaginar algo mejor. El juez tartamudeó:

—Di… di… diga, señorita Irina.

—¿No es costumbre en este país que se besen los novios después de la boda?

—Sí, claro, como en todas partes. Pero…, pero yo…

—Usted creía que este caso era especial, ¿verdad?

—Eso mismo.

Irina sonrió. Tenía los dientes regulares, iguales, y la sonrisa bonita.

—De todos modos, quiero besar a mi marido —dijo ella—. Para eso lo he comprado, ¿no?

El juez farfulló:

—Es un deseo muy razonable. Muchachos…

Los carceleros le miraron expectantes.

—Soltad a Duncan —decidió el juez—. Pero sólo unos minutos. Los suficientes para que paséis envidia.

Duncan fue soltado. Era un hombre de unos veintiocho años, fuerte, con las facciones tostadas por el sol de la pradera. Sus cabellos eran color rubio paja. Iba vestido con cazadora de ante, larga y pantalones tejanos. Naturalmente, no llevaba armas, y además era difícil que las pudiese emplear en mucho tiempo, pues las esposas demasiado justas le habían estropeado las muñecas, impidiéndole el juego normal de éstas.

Irina se puso en pie, acercándose al hombre. Resultaba baja a su lado, aunque era toda una mujer, y tenía todas esas cosas que uno piensa cuando se tropieza con algo que vale la pena. Le miró directamente a los ojos y susurró:

—¿No quieres besarme?

—¿Y por qué no?

—Como parecía que tenías miedo…

Ella acercó los labios entreabiertos.

—Muy bien —dijo Duncan—. Tú lo has querido…

Fue a besarla, pero en ese momento Irina retiró la cara valiéndose de que él no podía retenerla con sus brazos, saltó hacia atrás y movió la mano derecha golpeándole dos veces en el rostro.

—¡A mí no me ha besado nadie todavía, perro! —gritó.

Duncan encajó los dos golpes sin pestañear, y casi sin mover el rostro. Sólo sus ojos brillaron de un modo peligroso, pero fue únicamente un segundo. Luego sonrió secamente.

—Y a mí nunca me había pegado nadie, muchacha —dijo.

—Alguna vez tenía que ser la primera. ¡Lleváoslo!

Los carceleros volvieron a sujetar a Duncan y lo empujaron hacia la celda. El no opuso resistencia, sino que se dejó llevar con una especie de fatalismo. Cuando estuvo encerrado otra vez se tumbó en la colchoneta y se puso a silbar un himno que, por aquellos años, en el Estado de Texas, se solía dedicar a los muertos.

Una vez solos en la sala, el juez dijo a Irina:

—¿Se da cuenta de lo que ha hecho?

—Claro que sí. ¿Y qué tiene de particular?

—No ha debido burlarse de ese hombre.

—¿Por qué no? Es un rufián condenado a muerte.

—Pero también es un ser humano. Al condenado se le ahorca, pero no hay razón para que nadie se burle de él.

Irina sonrió con un gesto levemente desdeñoso.

—Veo que es usted un sentimental, juez.

—Y yo veo otra cosa: no debí acceder a esa ceremonia.

—¿Por qué no?

—En cierto modo no era legal. Nadie debe casarse así. El se ha vendido por dinero.

—¿Y qué? ¿Pretende decirme que no hay millones de personas que se casan al cabo del año por la simple y elemental razón de que les gusta el oro?

—Esto es distinto. Usted se ha presentado aquí con una recomendación del gobernador del Estado para que la atendiésemos. Yo me he puesto a sus órdenes, pero en modo alguno me imaginaba que quisiera una cosa tan extraña. ¡Casarse con un condenado a muerte!

—No veo que tenga nada de particular. Cada una elige el novio que quiere, ¿no?

El juez se pasó un pañuelo por la frente que empezaba a perlársele de gotitas de sudor. No quería confesárselo, pero llegaba a marearle el cinismo de la muchacha.

—Repito que es distinto —musitó—. Cuando yo le he dicho que había aquí un condenado a muerte y que era soltero, usted le ha

ofrecido mil dólares si accedía a casarse. Duncan, que es un canalla, ha dicho que sí.

—Y nos hemos casado, ¿no? ¿Pues qué más tiene que oponer? La ceremonia ha sido legal. Los dos hemos dicho que «sí». Limítese a registrar el matrimonio en sus libros y deme un certificado. Tendrá una buena propina.

—No quiero propinas —gruñó el juez—. Por el hecho de que usted sea millonaria, no me va a insultar. Me limitaré a cobrarle la tasa que marca la Ley: quince dólares.

—¿Y me entregará el certificado?

—Quiere justificar que está legalmente casada, ¿eh? De acuerdo, se lo entregaré con la única condición de que cruce cuanto antes la frontera.

La muchacha lanzó una carcajada.

—No le soy simpática, ¿verdad?

—Ni pizca.

—Está bien, me largaré como usted pide, y procuraré que no se acuerde más de mí. Pero oiga… —de pronto sus facciones se tensaron y pareció recorrerlas la sombra de una duda—. Van a matarlo, ¿verdad? ¿Seguro que es un condenado a muerte y que no tiene remisión?

—Seguro.

—¿De qué se le acusa?

—Pertenecía nada menos que a la pandilla de guerrilleros de Quantrell, recién formada, y ya sabe usted que eso significa muerte automática, porque rigen las leyes militares en todo el territorio.

—Pero ¿la sentencia no tiene apelación?

—Claro que no. Incluso está fijada la fecha de la ejecución para dentro de una semana. Ese hombre negó que fuera un guerrillero de Quantrell, y dijo que estaba con ellos por casualidad. Que fue a venderles alimentos y ellos le obligaron a seguirles. Pero comparecieron dos testigos que afirmaron todo lo contrario. Ese fulano, Duncan, era uno de los jefes.

Irina pareció tranquilizarse.

—En ese caso… Zuuuuuiiiist…

E hizo una señal muy significativa con el dedo índice, pasándoselo por el cuello.

—Naturalmente que sí. Pero no es eso solo.

—¿Aún hay más?

—Está igualmente condenado por violación. Cuando dejó a los esbirros de Quantrell para huir hacia el Norte buscando ocultarse, se tropezó en el campo con una mujer solitaria, a la que violó. Eso también se ha comprobado.

—O sea, que son dos condenas a la horca.

Irina parecía completamente tranquila. Ahora incluso volvió a sonreír alegremente.

—Comprendo que pronto voy a ser viuda.

—Muy pronto.

—¡Magnífico!

—¿Y no siente ninguna clase de compasión por ese hombre?

—Ya no la sentía antes, pero después de lo que me ha contado, mucho menos. ¡Ni pizca!

—Señorita Irina…

—¿Qué?

—¿Puedo preguntarle por qué ha hecho todo esto?

—Muy sencillo. Necesitaba estar casada hoy a las doce de la noche para entrar en posesión de la herencia de mi padre, que es fabulosa. Valía la pena, ¿no? Lo de poner una fecha tope para mi boda fue una de las cláusulas del testamento.

—Eso es absurdo.

—¿Por qué?

—Usted viene desde bastante lejos, desde Georgia. Es usted bonita de cara, y de lo demás está muy bien. Habrá habido centenares de hombres que quisieron casarse con usted.

—Se equivoca, juez.

—¿Que me equivoco?

Ella sonreía, pero en sus ojos color miel podía leerse una especie de amargura.

—Sí —dijo—. Nadie en Georgia ha querido casarse conmigo. Nadie, ¿entiende? Puede parecerle extraño, pero así es. Sólo me deseaban. He tenido que venir hasta Texas para conseguir lo que quería.

Se encaminó hacia la puerta y puso la mano sobre el pomo. Una vez allí se volvió para contemplar el asombrado rostro del juez.

—Le asombra, ¿verdad? Pues así ha sido. Y ahora dejémonos de pláticas. Mañana vendré a recoger el certificado y le pagaré sus

honorarios. Por cierto, también pagaré al…, a mi marido los mil dólares. Supongo que se los gastará en champaña antes de que lo ahorquen.

—Se equivoca —dijo el juez en voz baja.

—¿Que me equivoco? Pues entonces se los querrá gastar en *whisky*. Porque en mujeres no creo que se los dejen gastar ahí dentro…

El juez susurró con los ojos entornados:

—Se equivoca otra vez, señorita Irina. Ha pedido que se los enviemos íntegros a su madre. Su madre está encerrada en una reserva. Es una india.

CAPÍTULO III

Aunque muchas ciudades del viejo Sur habían sufrido los efectos de la guerra, Montgomery no se hallaba en este caso. Incluso diríase que era más rica y floreciente que antes.

Por lo menos, eso apreció la mujer que descendió aquella mañana de la traqueteante diligencia y se detuvo ante la entrada del «Hotel Imperial» tras dejar a lo largo de toda la calle una espesa nube de polvo.

Claro que aquella aparente prosperidad se debía en parte a los numerosos soldados del ejército del Norte que estaban de guarnición allí y que gastaban en unos pocos días el importe de varios meses de paga.

La mujer hizo, no obstante, un leve mohín de desprecio, al ver tantos uniformes azules, y entró directamente en el hotel.

El mostrador de recepción estaba acaparado por varios oficiales del Norte, pero todos se hicieron a un lado al ver aparecer a aquella belleza.

El dueño del hotel casi dio un brinco y se inclinó también sobre el mostrador, mirándola.

—Señora… —balbució.

—Señorita.

—Perdón. Deseará una habitación, supongo.

—Y enseguida. Ahora mismo. La quiero con ventanas a la fachada y en el primer piso. Además, debe disponerlo todo enseguida para que yo pueda tomar un baño caliente.

Se notaba en el tono autoritario de la muchacha que ésta se hallaba acostumbrada a mandar. Además, su acento era claramente sureño, lo cual indicaba a las claras que se trataba de una aristócrata, es decir, de una antigua enemiga de los oficiales del

Norte que ahora se encontraban allí. Pero ninguno de ellos pareció disgustado por esa circunstancia.

Al contrario, un capitán dio un fuerte golpe sobre la tabla del mostrador.

—¿Es que no lo oyes, mequetrefe? ¡La señorita quiere una habitación en el primer piso, con ventanas a la calle y además piensa tomar un baño! ¿Qué haces, que no la atiendes enseguida? ¡Hala, a trabajar!

El capitán que había hablado se inclinó ceremoniosamente ante la recién venida.

—Capitán Thompson, para servirla.

—Pues yo no estoy aquí para servirle a usted.

—Comprendo… Es una sureña, ¿eh?

—Lo considero un honor.

Y la mujer volvió ostensiblemente la espalda, para prestar atención al libro-registro que el dueño del hotel había puesto ante sus ojos.

—Si quiere firmar, señorita…

—Con mucho gusto.

Y la muchacha firmó: «Irina Sullivan».

Llevaba, como era su costumbre, un ceñido vestido rojo. Aquel vestido se parecía en cierto modo al que usó durante la fiesta de los esponsales de Red Stanley, aquella fatídica noche en que conocieron la rendición del Sur. También llevaba el cabello peinado a un lado y sus ojos color miel miraban con extraños reflejos.

El dueño del hotel sintió que algo le embriagaba al tenerla tan cerca.

—Tome, señorita Irina —susurró.

Ella miró la llave con un gesto de desagrado.

—Me da la habitación número 13 —dijo.

—Es que no hay otra, señorita Irina.

Ella miró el tablero con expresión crítica.

—Ahí veo otra. La 14 precisamente. ¿Por qué no me la da y deja ahí la número 13?

El dueño del hotel sonrió aturulladamente.

—¿Es usted supersticiosa, señorita Irina?

—No importa si lo soy o no. El caso es que no me gusta el número 13. Y como usted tiene el 14, va a dármelo

inmediatamente.

—Es que el 14 no está libre, señorita.

—¿Cómo qué no? La veo ahí, en el tablero, mientras que las llaves de las habitaciones ocupadas están en ese otro departamento.

—Así es, señorita, pero de todos modos, la habitación número 14 no está libre. Le suplico que me crea. No puedo hacer nada por usted, señorita Irina, aunque de veras me gustaría servirla.

—¿Quién ocupa esa otra habitación?

—Un… un caballero.

—¿Y no habrá modo de que acceda a cambiar?

—Me… me temo que no, señorita.

Irina hizo un gesto de hastío.

—Está bien. Ya suponía yo que la gente del Norte, que ahora ocupa este país, es incapaz de un detalle de galantería. Pero me resignaré; al fin y al cabo, voy a estar aquí solamente media semana. Buenos días.

—Buenos días, señorita.

Todos los oficiales del Norte se apartaron instintivamente para dejarle paso.

Todos volvieron la cabeza cuando ella comenzó a ascender las relativamente suntuosas escaleras del hotel.

Al alzarse un poco la falda para tener más libertad de movimientos, la mitad de las pantorrillas de Irina era claramente visible desde abajo. Sus caladas medias negras eran como un imán para los ojos de los hombres. Ninguno de ellos se dio cuenta de que la estaban mirando con la boca abierta hasta que la figura de la chica desapareció.

Entonces se desató en la planta baja como un murmullo de colmena.

—¿Os habéis dado cuenta de qué tipo?

—¡Y qué caderas!

—¡Y qué piernas!

—¡Y todo lo que no hemos visto!

—¡Y que no veremos jamás, imbéciles de nosotros!

—¡Eso está aún por demostrar! ¡Sitiaremos el hotel! ¡Cada vez que esa belleza salga, tendrá que ser acompañada por alguno de nosotros!

Pero ninguno de los oficiales se atrevió a subir. Más que la

belleza de la mujer, que ya por sí sola era impresionante, les había aturullado su altiva dignidad, la serena sensación de majestad que se desprendía de ella.

Mientras tanto, Irina acababa de llegar al piso superior, abriendo la puerta de la habitación número 13.

No podía negar que la pieza era espléndida.

Tenía dos ventanas sobre la calle principal, desde las que podría apreciarse, sin duda, todo el bullicio y la fascinante actividad de Montgomery. La cama era ancha, suntuosa y rica. El armario era uno de los mejores que podían encontrarse en aquella región del Sur.

Sólo que a ella no le gustaba el número 13, porque, aunque quisiera negarlo, era un poco supersticiosa.

Dejó sobre la cama el maletín que llevaba en la mano y salió al pasillo de nuevo, escrutando a un lado y a otro. El pasillo estaba desierto.

Al lado se encontraba la habitación número 14. La puerta estaba solo entornada.

Ello indicaba que nadie la ocupaba por el momento, y que la habían engañado miserablemente.

Hizo un gesto de decisión y abrió la puerta de golpe, mirando hacia el interior de la habitación número 14.

Ésta se encontraba casi a oscuras, con las cortinas echadas, pero la suave penumbra permitía distinguir bien los objetos.

La habitación, en efecto, aparecía ocupada por un caballero.

Pero este «caballero» estaba muerto.

Se encontraba dentro de un ataúd, rodeado por cuatro cirios que se habían apagado ya, y adornado con unas flores. La tapa del ataúd estaba al lado del túmulo, y todo daba la sensación de que faltaba muy poco para el entierro.

Entonces se dio cuenta Irina de por qué el dueño del hotel le había contestado con tantas vacilaciones y con tantas reticencias.

La habitación estaba ocupada. «Ocupada» de verdad.

Claro que, al parecer, no por mucho tiempo, ya que el cadáver incluso hedía un poco. Todo aquello indicaba que el entierro se efectuaría con mucha brevedad.

La muchacha estuvo a punto de lanzar un gemido, se tapó la boca con expresión asustada y cerró la puerta bruscamente.

Regresó a su habitación y abrió las ventanas, mientras respiraba agitadamente el tumultuoso aire de la ciudad.

Se sentía trastornada, fuera de sí, y por primera vez fallaba en ella la absoluta seguridad que siempre había tenido en sí misma.

En aquel momento llamaron con los nudillos en la puerta.

—Adelante.

Una doncellita negra entró. Debía ser una antigua esclava, pero ahora vestía con cierta elegancia, y hasta parecía muy pizpireta. Sin embargo, al ver a Irina quedó como paralizada. Igual que sucedía a todo el mundo, la serena majestad de Irina le impresionó.

—Perdón, señorita —dijo.

—¿Qué deseas?

—Me han dicho que la señorita había pedido un baño.

—Sí, desde luego.

—Se lo estoy preparando en la habitación contigua. Si quiere pasar…

—¿Cómo? ¿El baño en la habitación número 14?

—No, señorita. En la otra, que está sin numerar. Siempre la empleamos para el baño. Ya tiene preparados el jabón y la colonia, e inmediatamente empezaré a traer el agua tibia.

—De acuerdo, voy.

Irina recorrió el corto trecho de pasillo y entró en una habitación con paredes de mosaico en cuyo centro había una magnífica bañera de reluciente cobre.

En aquel momento se oyeron disparos, unos disparos seguidos y rápidos que retumbaron a lo largo de la calle.

Irina musitó:

—¿Qué sucede?

—Me parece que han acorralado a un pistolero a poca distancia de aquí. Antes he oído decir que el *sheriff* y algunos de sus hombres le estaban preparando una trampa.

Irina alzó suavemente el mentón.

—¿Un pistolero? —preguntó.

—Más bien un perro rabioso, uno de esos hombres que no se rinden jamás. Habrá tiroteo para rato.

Irina dijo lentamente:

—De modo que un perro rabioso…

Pero sólo unos segundos después se estaba desnudando para

meterse en la bañera, y ya pensaba en otra cosa.

CAPÍTULO IV

Duncan disparó a través de la ventana, mientras una bala de rifle hacía saltar astillas del marco, dos pulgadas por encima de su cabeza.

No pudo ver si su disparo había producido efecto. Pegado de espaldas a la pared, con las facciones brillantes a causa del sudor frío que lo envolvía, contempló el tabique frontero acribillado por las balas. Docenas de proyectiles habían penetrado a través de la ventana y hecho saltar la delgada capa de yeso que cubría la pared opuesta. Ahora, los nuevos proyectiles, casi no encontraban ya superficie blanca, y reventaban contra el ladrillo desnudo, saltando algunos en el aire con peligrosos rebotes que llenaban la habitación de silbidos de muerte. Pero Duncan había terminado por no advertirlo. Ahora, de espaldas junto al marco de la ventana, se fijaba en si las balas que penetraban por ésta encontraban alguna zona de yeso por desconchar. La mayor parte no acertaba. Dentro de su trágica situación, Duncan pensaba que aquello era incluso un poco divertido.

Al intentar hacer dos nuevos disparos, comprobó que las recámaras de sus armas estaban vacías, y se sentó en el suelo para cargarlas parsimoniosamente.

Desde la calle llegó una voz ronca, dominando el fragor de los estampidos.

—¡Estás acorralado, Duncan, y no tienes ninguna posibilidad de escapar! ¡Entrégate y te prometo que serás juzgado! ¡De lo contrario, te lincharán! ¡Tienes dos minutos para decidirte, Duncan!

—¡Con las mismas palabras me amenazaste en Wyoming, Bart, y sin embargo, llegué a Washington! Algo parecido me dijiste en Washington y llegué a Oregón. En Oregón me amenazaste no con el

linchamiento, sino con una hoguera, pese a lo cual estoy en Alabama, al otro lado del país. ¡Y aún pienso ir más lejos, Bart! ¡Por lo tanto, ven a buscarme!

Una descarga cerrada desmanteló la ventana como eco final de sus palabras.

Duncan, con los dientes apretados, hizo fuego a su vez, y una figura que intentaba atravesar la calle realizó una trágica pirueta. De la casa frontera llegó un alarido de rabia.

Seis hombres se lanzaron a un asalto en regla, cubiertos por el fuego que contra la casa se hacía desde todos los rincones. Saltaron sobre el herido y se precipitaron en tromba contra la ventana. Duncan oyó sus pisadas y aguardó con los dos revólveres a punto. Sus nervios resistieron hasta que uno de los asaltantes introdujo una pierna por el hueco. Entonces disparó. Disparó como no lo había hecho nunca, con una especie de locura que de las manos saltaba a sus revólveres. En fracciones de segundo, la ventana quedó vacía. Dos hombres cayeron hacia adelante, y uno quedó atravesado en el alféizar.

Duncan había agotado también esta vez la munición de sus revólveres. Arrodillándose, volvió a cargarlos.

Los tres hombres que quedaban vivos se miraron precipitadamente para tomar posiciones al otro lado de la calle. Las armas descansaron hasta que los tres estuvieron a cubierto, y entonces volvieron a ladrar otra vez más rabiosamente que antes.

Duncan vio cómo dos figuras se deslizaban por un tejado, arrastrando rifles bajo sus cuerpos. Desde allí conseguirían batir la ventana en diagonal, y él no podría asomarse en absoluto para replicar el fuego. Comprendió que, si se parapetaban allí, podía considerarse perdido.

Apuntando cuidadosamente, hizo fuego contra la más visible de las dos figuras. La alcanzó en la pierna, como se había propuesto, y el hombre rodó por el tejado de madera hasta caer a la calle. Pero para desalojar al segundo tirador, necesitó emplear más balas. Con mejor sentido que su compañero, éste hizo fuego inmediatamente, e impidió a Duncan apuntar con tranquilidad. Sólo después de ver atravesada su manga derecha y agotadas las balas de uno de sus revólveres, pudo obligar al tirador a lanzarse desde el tejado a la calle, herido en un hombro, para evitar ser muerto. Arrastrándose

bajo el alféizar para cambiar de posición de tiro, Duncan desalojó de sus puestos a dos vaqueros que se disponían a incendiar un carro de paja para enviarlo contra la ventana. Uno de ellos pudo huir, arrastrando su pierna tocada, y el otro, el que enderezaba el carro, al ser herido, cayó de cabeza en la paja.

Se produjo entonces un espectáculo insólito y miserable al mismo tiempo. Incapaz de salir por sus propias fuerzas, debido a su clavícula atravesada, el vaquero empezó a patear desesperadamente en el aire, con medio cuerpo hundido en la paja. Docenas de hombres veían las contorsiones de su horrible muerte, y aunque hubiera bastado volcar el carro para salvarle, nadie se acercó porque había que cruzar la zona batida por los revólveres de Duncan.

Éste contemplaba también las desesperadas contorsiones del vaquero y cerró los ojos con una expresión de rabia. Sacando de su garganta la voz más poderosa, gritó:

—¡Salid y auxiliad a ese hombre! ¡Sacadle de ahí! ¡Mientras lo hagáis, no dispararé! ¡Lo juro!

Su voz llegó claramente a todos los rincones de la calle, pero los oídos de sus sitiadores se hicieron sordos a ella. El vaquero siguió contorsionándose desesperadamente, cada vez de una forma más débil.

—¿No me creéis capaz ni de mantener una palabra como ésta, hatajo de cobardes? ¡Sacad a ese hombre de ahí! ¡Sacadlo de ahí!

Un disparo quebró su voz. La bala rozó su cabeza, y le produjo un segmento rojo en una de las mejillas. Los dientes de Duncan chocaron como dos tablas.

Apoyándose en la pared, con respiración precipitada y ansiosa, escuchó cómo una nueva descarga cerrada atravesaba la ventana. Las balas puntearon ahora los ladrillos del tabique. Con los ojos semicerrados, la cabeza apoyada en el hombro, Duncan contó las zonas blancas de la pared: una, dos, tres, hasta siete… Sus ojos se cerraron con una entrega indiferente, total. Cuando los volvió a abrir, ya sólo una zona blanca quedaba en la pared, El resto estaba completamente cribado.

Aprovechando las descargas, Bart había llegado hasta el carro, pero era ya demasiado tarde. Estaba muy alejado de él. Duncan no lo vio.

Oyó, en cambio, como en una extraña lejanía, golpes a su espalda. Dedujo que alguien trataba de derribar la puerta de la segunda habitación de la casa, por la que él había pensado escapar en un momento de optimismo. Ahora ya era tarde… Con la boca entreabierta a causa de su respiración fatigada, miró hacia el carro. Un cadáver con las piernas extrañamente torcidas daba testimonio de la cobardía de los habitantes de Montgomery. Daba también testimonio de su absoluta falta de crédito moral en Cualquier tierra que pisase. Con los labios crispados en una patética expresión de pena, Duncan reflexionó sobre esta terrible realidad, sobre esta situación miserable en que había venido a concluir su vida. No le habían creído ni cuando juró… No le creerían ya nunca, ni aun cuando pregonase de rodillas la verdad, con las manos atadas. Cerró otra vez los ojos, y un irreprimible deseo de llorar se apoderó de él, un vergonzoso deseo que no le había asaltado desde sus días de niño.

La voz había vuelto a sonar metálica, fuerte:

—¿Qué esperas, Duncan? ¿Que baje un caballo con alas para sacarte de ahí? ¡Ríndete, o tendremos que matarte como a un perro rabioso! ¡Ahorra trabajo a los habitantes de la ciudad, Duncan!

Con los dientes apretados y una luz homicida en los ojos, Duncan se incorporó. Volvió a sujetar su único revólver cargado, con la fuerza y la decisión del que aforra a un animal escurridizo. Antes de contestar, hizo fuego, y una figura que se encaramaba al tejado frontero cayó, retorciéndose, al suelo, con una bala entre las dos caderas. Su gemido recorrió la calle.

—¡Honor y gloria a los habitantes de este villorrio, Bart! ¡Honor a tu credencial de agente del Gobierno, que te impide salvar a los heridos! ¡Me deslumbra el brillo de vuestras conciencias limpias, de vuestros ojos de hombres honrados, cuyas cabezas son como los pivotes de la Ley! Pero vais a permitir que un pistolero os diga por una vez: ¡Sois una pandilla de mujerzuelas, unos cobardes y una piara de cerdos infectados!

Ciegos de ira, tres hombres salieron de sus escondites para dirigirse hacia la ventana; pero ahora, Duncan ya había puesto precio a su vida, y disparaba con toda la habilidad que había ido tejiendo su historia. El primero se retorció con un extraño y casi cómico salto de canguro, el segundo volvió la espalda, y el más

lejano se tendió en el suelo para evitar le alcanzase el inminente balazo. Pero éste penetró por el centro geométrico de su cabeza, haciéndole un agujero diminuto y de bordes exactamente iguales, como en un delicado trabajo de orfebrería. El hombre no se movió apenas; sólo estiró sus miembros.

—¿Ésos son tus mensajeros, Bart? ¿Es que no tienes un solo hombre lo bastante rápido para llegar vivo hasta aquí? ¡Vamos, Bart! ¡Es preferible que incendiéis de una vez este carro, y me lo enviéis con el cadáver dentro!

Nadie le respondió. La calle entera estaba tan silenciosa como los cadáveres que reposaban en ella.

—¿Se te ha helado la lengua, agente del Gobierno? ¿O es que acaso tu amo acaba de ponerte el bozal?

El insulto no mereció tampoco una respuesta. Y esto extrañó a Duncan. Con los oídos atentos enderezó el tronco, el dedo sobre el gatillo. Un ligerísimo rumor, casi semejante al de un papel que el viento arrastrase por la calle, se acercaba a lo largo de las tablas del porche, se acercaba a lo largo de la fachada de la casa.

Duncan torció la boca para sonreír de una manera poco tranquilizadora, al tiempo que alzaba su revólver. Alguien se acercaba lentamente, pegado a la fachada, y todos los sitiadores estaban pendientes de su avance. Pero ese alguien no se atrevía a actuar mientras él no simulase estar distraído. Acabó de tender la trampa.

—¡Vais a conseguir que me quede dormido, Bart entre tú y los valientes habitantes de esta ciudad! ¿Es que estáis empleando la táctica del aburrimiento? No es muy digno de tu parte, Bart, esperar a que me duerma para enviar a tus hombres al asalto. Si no…

La detonación cortó sus palabras como un seco trallazo.

El hombre que esperaba, había aparecido frente a él, por un lado, de la ventana, confiando hallarle desprevenido. Pero lejos de esto, se halló a dos pasos de Duncan, que le estaba mirando con dos ojos: uno en la cara y otro en el cañón de su revólver. El asaltante recibió el terrible impacto de la bala, disparada a boca de jarro en el labio superior, y su cabeza se abrió en dos mitades. Su revólver cayó al suelo, bajo su cuerpo; sin llegar a ser utilizado.

Ahora, un sordo murmullo de odio ascendió desde todos los rincones de la calle. Duncan, esperando un nuevo asalto, se pegó a

un costado del marco, dispuesto a todo.

Pero los golpes en la parte posterior de la casa, sobre la segunda puerta, se hicieron más insistentes.

—Cuando entren por ahí, no podré hacer frente a dos ataques al mismo tiempo —se dijo.

Arrastrándose sobre el suelo de tablas gracias a una serie de ágiles y metódicos movimientos de sus brazos, llegó hasta la otra habitación, que no tenía ventanas, y cuya gruesa puerta maciza estaba siendo golpeada. Aquella habitación recibía luz por una claraboya enrejada, en el techo, y había en ella una sencilla cama de hierro, un armario, una mesa de trabajo y dos sillas, todo arreglado, no obstante, con tal limpieza y gusto, que Duncan admiró, a pesar de sus circunstancias, la delicadeza y sentido del orden de la maestra de aquella ciudad, que debía vivir allí, y en cuya casa vacía, él había tenido que refugiarse.

Duncan no sólo estaba haciendo frente con sus armas a la población entera, sino que además se había refugiado en la única escuela del lugar, un rincón de paz que hasta entonces había sido casi sagrado para todos los pistoleros y merodeadores de la comarca. Pero no para Duncan.

—Esto es lo único que me faltaba para acabar dignamente mi vida —masculló, mientras seguía arrastrándose por el suelo—. Acabar peor que un perro.

Hizo un rápido examen de la situación, y dedujo que la puerta resistiría aún. Quienes la golpeaban lo hacían sin demasiada vehemencia, para evitar que pudiese ceder de repente y verse precipitados de improviso en la habitación, lo que significaría saltar sobre su propia sepultura. Preferían debilitar la puerta, apostarse convenientemente, y luego abriría de un suave empujón. De este modo, Duncan se vería atacado por dos lugares a la vez, y sus posibilidades de defensa bajarían a cero.

—Tardarán al menos, ocho minutos en lograr abrirla —calculó Duncan, mirando aquella puerta—, y entretanto puede que se me ocurra algo…, aunque no acierto a comprender qué. Volveré junto a la ventana.

Mientras se arrastraba, miró la claraboya del techo.

—A la maestra de la ciudad no le gustan las ventanas en el lugar donde duerme. Hace bien.

Cuando llegó al umbral de la puerta que separaba las dos habitaciones, dio un salto lanzando un rugido. Otro hombre se había acercado por la fachada de la casa, y ahora estaba pasando un pie por la ventana, revólveres en mano. Duncan hizo fuego mientras se ladeaba, y su enemigo recibió el balazo en la carótida. Sus dos disparos casi simultáneos se abatieron inútilmente contra el tabique.

Duncan cayó al suelo, torciéndose un tobillo, pues al disparar no había logrado siquiera ponerse en pie, limitándose a hacer un movimiento extraño e inesperado para desorientar al asaltante. Tras éste llegaba otro hombre, con un cuchillo en cada mano. Era uno de los indios habitantes en la comarca, y seguramente debía estar al servicio de algún ranchero. Duncan había oído hablar del desprecio de aquellos hombres por las armas de fuego, y de su habilidad en la lucha con arma blanca.

Lo que Duncan hubiese hecho probablemente en otras circunstancias, habría sido lanzar el revólver y atacar al indio con su largo cuchillo de monte, tras propinarle su golpe favorito, una doble patada al plexo solar. Pero ahora no podía perder tiempo ni recordar que en el mundo existía una compleja virtud llamada nobleza. Había que acabar pronto con aquel nuevo obstáculo, y Duncan apretó el gatillo de su revólver. A aquella distancia, la bala sería mortal.

Pero ningún proyectil salió del cañón. Las seis recámaras estaban vacías.

Lanzando un salvaje alarido, el indio, que vestía unas pobres ropas de vaquero, se abalanzó sobre él. Duncan quiso ponerse en pie, y el tobillo que se había torcido segundos antes, no sostuvo su peso. Vio cómo los dos cuchillos volaban hacia él, uno buscando su cuello, el otro, su estómago. Encogiendo las piernas, trató de cubrirse desesperadamente, y con el cañón de su arma golpeó bestialmente un ojo del indio. Éste lanzó un aullido de dolor, y sólo uno de los cuchillos alcanzó parcialmente su objetivo. Duncan sintió un contacto frío en su brazo izquierdo, y un gemido leve escapó de sus labios. El fluir de su propia sangre caliente hizo temblar su brazo.

Proyectando ambas piernas, logró lanzar, al indio contra la pared frontera, pese a lo cual, el nuevo ataque sobrevino cuando aún no había conseguido ponerse en pie. Los dos cuchillos hicieron

un movimiento de zigzag, y Duncan se pegó contra la pared, sabiéndose perdido. Con la boca entreabierta, jadeante, el brazo izquierdo convertido en una línea roja, a merced ya de cualquiera que penetrase por la ventana, Duncan contemplaba el paso de sus últimos minutos.

Pero las dos hojas de acero giraron inflexiblemente hacia él.

Un último resabio de su fiereza, una postrera manifestación de su deseo de vivir, hicieron que Duncan se moviese en aquel momento. Y lo hizo del modo más inesperado, arrojándose con los brazos abiertos sobre el indio, como si buscase la más rápida y eficaz penetración de sus cuchillos.

Éstos se cruzaron en el vacío, juntándose en el lugar donde Duncan había estado unas décimas de segundo antes.

Sus dos manos aferraron los dos codos del indio, y tiraron de ellos hacia atrás. Los dos cuchillos arañaron su camisa y trazaron surcos de sangre en su espalda. Rugiendo, el indio quiso morderle la garganta, y aquél fue el momento elegido por Duncan para demostrarle que, pese a las viejas habilidades de su raza, el indio no luchaba con demasiada serenidad. Un terrible rodillazo al estómago lo hizo encogerse, y entonces, las dos rodillas de Duncan le aferraron la cabeza. Cayó sentado con la testa de su enemigo entre las piernas, y sus dos brazos sujetos por los codos. Tiró hacia atrás, haciendo fuerza con el derecho —pues con el izquierdo apenas podía ejercer la menor presión—, y el indio lanzó un gemido infrahumano, de dolor inaguantable. Su brazo izquierdo quedó roto por dos sitios. Entonces, Duncan aflojó la presa.

Su antagonista, sin embargo, no había perdido el conocimiento, y gemía en el suelo retorciéndose de dolor. Duncan comprendió que en cuanto lograse hacer acopio de fuerzas sería otra vez un rival terrible. Debía acabar con él.

Empuñando uno de los cuchillos que el indio había tenido que soltar, lo levantó sobre la yugular de su enemigo y trazó un corte. Pero éste fue muy débil, insignificante casi. Algo le había restado fuerzas en el último segundo, y sólo unas gotas de sangre resbalaron sobre la piel morena. «No puedo perder tiempo en sentimentalismos. He de acabar. Es mi vida lo que defiendo», se repitió Duncan nerviosamente, como una letanía, mientras alzaba el cuchillo otra vez. Pero no pudo bajarlo. El indio le miraba. Le

miraba sin rencor, quietamente, con una especie de fatalismo ante la muerte inevitable. Su cuello surgía de una camisa sucia, remendada, que le habrían dado por compasión. Sus pantalones estaban rotos, e iba descalzo. «Un pobre peón», pensó Duncan.

—No sé si podrás volver a mover el brazo —susurró—. Lo siento.

Volvió a gatas junto a la ventana para ver cómo sus enemigos se habían apostado ya en las posiciones ideales para abatirle. Antes, el cerco presentaba muchos puntos flojos, pero ahora, en cuando se asomase para disparar, sería acribillado desde varios lugares distintos. No obstante, dispararía. Con los revólveres sobre sus rodillas, llevó las manos al cinturón para cargarlos de nuevo. Sus dedos resbalaron ansiosamente sobre una inacabable línea de orificios vacíos, hasta llegar junto a la hebilla, donde había dos balas. Los dos únicos proyectiles que le quedaban para defenderse.

Con una sonrisa fría, de hombre que lo sabe todo perdido y muestra indiferencia ante un peligro que no puede ya evitar, cargó dos recámaras en uno de sus revólveres. Seguían disparando desde todos los ángulos, y los ladrillos del tabique se rompían uno tras otro. La pequeña escuela, con los pupitres amontonados contra la puerta exterior, estaba literalmente destrozada, como si hubiese resistido el asedio de un regimiento entero. Duncan miró su revólver y pensó en el destino de sus últimas balas.

«Una debe ser para Barí —se dijo—. Bart, que me ha perseguido como a un buitre a través de cuatro estados…»

CAPÍTULO V

Los disparos habían sonado durante largo rato, atronando la calle y poniendo en conmoción a la ciudad entera, pero al fin cesaron y se hizo el silencio.

De vez en cuando se oían gritos, no se sabía muy bien por qué, pero Irina no les prestó atención, ya que estaba muy ocupada en acicalarse en la bañera, eliminando el cansancio y la leve suciedad que era inevitable en todo viaje a través de las tierras polvorientas.

La doncellita negra la atendía magníficamente, pero de pronto, sus manos se detuvieron en el aire, y en su rostro se dibujó una suave mueca de temor.

—Ahora vienen a buscarlo… —dijo con un soplo de voz.

—¿Buscarlo? ¿A quién?

—Al, al muerto. Usted ya lo sabía, ¿verdad?

Irina reconoció de mala gana:

—He abierto la puerta de la número, 14 antes de que tú llegaras. Sí, ya lo sabía.

—Pues ahora vienen a llevárselo. Cielo santo, menos mal… Yo estaba que ya no vivía. Ese cliente llevaba dos días y dos noches muerto…

Irina cerró un momento los ojos, intentando pensar en otra cosa, pero no pudo.

Oía en el pasillo los suaves rumores de los que venían a llevarse el cadáver. Debían ser poca gente, aparte los empleados de pompas fúnebres. Claro, ya se sabía. Un cliente muerto en un hotel de una población pequeña, sin familia y sin conocidos… Mala suerte para él, mala suerte para todos. Más tarde, alguien lloraría quizás en una tierra lejana, al saber que no le había quedado ni el consuelo de despedirse del cadáver.

Irina abrió los ojos. Bueno, ¿qué podía hacer ella?

Procurar olvidarse pronto de aquel penoso incidente, Sí, eso era lo mejor. De modo que terminó de bañarse y se secó mientras escuchaba al otro lado de la puerta los ruidos y los siseos de quienes transportaban el ataúd.

Por fin, Irina se peinó, se vistió de nuevo con los vestidos previamente cepillados por la doncella, y regresó a su cuarto.

Era allí donde le aguardaba una de las sorpresas más violentas de su vida entera.

CAPÍTULO VI

La muchacha no lo vio hasta haber cerrado la puerta a su espalda. No lo vio hasta después de haber entrado en la habitación y haber lanzado un suspiro de alivio.

Le gustaba la calma de la ciudad a aquella hora, después del intenso tiroteo, y empezaba a pensar que quizás en Montgomery, después de todo, se sentiría bien.

Fue entonces cuando vio a aquel hombre.

Iba ligeramente manchado de sangre, sus ropas vaqueras estaban algo sucias y su rostro aparecía ennegrecido por la pólvora, pero, aun así, Irina lo reconoció al instante.

Su boca se abrió mucho al lanzar un grito ronco.

—¡Duncan!

Duncan sonrió levemente, mostrando parte de su dentadura blanca y regular. Pero sólo rió su boca; sus ojos no lo hicieron. Tenía esa expresión especial del que parece haber salido del reino de los muertos. Con un gesto suave, fue hacia la ventana y corrió la cortina, para que nadie pudiera verles desde el edificio frontero.

Ella apenas pudo balbucir:

—¿Cómo… es posible?

—Ya lo ves, nena.

—¡Tú estabas en la cárcel…! ¡Estabas condenado a muerte!

—Cuando nos casamos, sí.

—Pero, entonces…

—Conseguí escapar. De eso hace aproximadamente un mes. Pude huir por verdadero milagro, justo cuando iban a ejecutarme. Desde entonces no he hecho más que huir como un perro acorralado.

Irina se llevó una mano a la boca.

—Un mes…

Poco más de ese tiempo había transcurrido desde que terminó la guerra. Y un mes justo había pasado desde que ella se casó con aquel hombre en la prisión, como quien dice en la antesala del patíbulo, creyendo que no volvería a verle más. Ahora, el asombro era tan intenso, tan profundo, que no la dejaba respirar. Tuvo que hacer un auténtico esfuerzo para serenarse y decir:

—¿Cómo has llegado hasta aquí?

—Ya te lo he dicho: Huyendo…

—Pero aquí hay *sheriff*, e impera la Ley. No habrás podido…

—Quieres decir que no habré podido presentarme en Montgomery tranquilamente, ¿verdad? Claro que no me ha sido posible, muchacha, claro que no. El *sheriff* y todos los perros de presa que venían siguiéndome desde que escapé de presidio, se me han echado encima apenas poner yo los pies en la ciudad. Pero no han podido cazarme.

Irina tragó saliva.

—¿Acaso ese tiroteo…? —balbució.

—Sí. Era en honor mío, muchacha. Un indio herido me ha ayudado a romper el enrejado de una claraboya cuando ya creían tenerme seguro.

Ella sintió como si una fuerza superior la aplastase, la venciese.

—¿Cómo has podido escapar? Montgomery es una ciudad pequeña, dentro de todo. Te buscarán y te encontrarán fácilmente.

—Aquí no van a buscarme, muchacha.

—¿Pero cómo has logrado entrar sin… sin que nadie…?

—Oh, el procedimiento ha sido sencillo, pero no creas que ha sido cómodo. He saltado por la caballeriza que hay detrás del hotel y he entrado en la primera habitación que me ha salido al paso. Allí había un fiambre.

La muchacha contuvo un gemido. Empezaba a comprender.

—Cielos… —susurró.

—He sacado el cadáver y me he metido yo en la caja, cerrando bien la tapa.

—¿Y…?

Irina no se atrevía ni a preguntar. La lengua se le trababa.

—… Y luego han venido a buscarme, preciosa.

—Te… habrán llevado al cementerio, claro.

—Por supuesto.

—Yo creí que los muertos no salían de su sepultura —dijo ella mordazmente.

—Desde luego, pero es que yo he procurado no llegar hasta allí.

—¿Qué…, qué has hecho?

—Muy sencillo. Mientras me llevaban en el carromato, y cuando yo he supuesto, por la mayor rapidez del vehículo, que ya estábamos fuera de la población, he abierto la caja desde dentro, valiéndome de mi cuchillo, y me he largado a respirar aire puro.

—¿No iba nadie detrás del carromato? ¿Nadie te ha visto?

—He tenido suerte. Por lo visto, el fulano que «dormía» en la habitación contigua, era un completo desconocido en la ciudad. Sólo iban das empleados de la funeraria sentados al pescante del carromato, y como yo me movía a su espalda, no han podido verme.

Duncan esbozó otra cansada sonrisa y añadió:

—Por lo visto, te fastidia bastante el que esté aquí. No haces más que preguntar por qué razón no me han atrapado.

—Es cierto, me fastidia bastante que tú estés aquí. Me fastidia tanto, para emplear tus propias palabras, que con gusto me pondría a chillar. Pero hay dos cosas que no entiendo aún. La primera de ellas es ésta: Si ya estabas libre y en campo abierto, sin que nadie te persiguiese, ¿por qué has vuelto a esta ciudad que es como una ratonera?

—Porque, mientras estaba en la habitación contigua, he oído tu voz.

Irina iba a decir algo, pero de pronto quedó muda, paralizada, ante aquella sencilla confesión que ella no esperaba de ningún modo. De pronto, sintió coma si la habitación entera diese vueltas en torno suyo. El pistolero había vuelto solo por ella… Sólo por ella…

Eso significaba que quizá pensara ser su marido de verdad, como ya lo era ante la Ley.

Tuvo como una sensación de vértigo y balbució:

—¿Cuándo has oído mi voz?

—Tú estabas en la habitación contigua, y parecías muy alegre. Incluso has reído, y a continuación he oído el chapoteo del agua. Sin duda te estabas bañando.

—Sí…

—Pues ésta es la explicación. ¿Satisfecha?

—Lo que no comprendo es…, es cómo al cabo de un mes has podido reconocer mi voz, después de haberla oído una sola noche y durante unos instantes nada más…

—Es que esa voz —murmuró él suavemente— me ha estado martilleando durante noches y noches. Es que, desde que la oí, tuve la sensación de que no la olvidaría nunca. Pero no te hagas ilusiones, muchacha. No voy a enamorarme de ti.

Los hermosos labios de la mujer temblaron, porque no se sentía segura de nada en estos momentos.

—¿Qué piensas hacer? —balbució.

—Quedarme aquí. Éste es un buen sitio para ocultarme, hasta que el *sheriff* y sus buitres crean que me he largado de la ciudad.

—Pero…

—Pero tú eres una señorita y no admites compañía, ¿verdad? De todos modos no va a estar tan mal mirado el que pases una noche con tu legítimo esposo…

—Eres…, ¡eres un canalla!

—¿Por qué? ¿No fuiste tú quien me elegiste a mí? ¿No fuiste tú quien me designó para casarse contigo?

—¡Con la condición de no volver a verte más!

—¿Qué quieres, princesa? Es el destino…

—Te advierto que espero la visita de otro hombre. ¡Y ese hombre te matará!

—Son tantos los que quieren matarme, que yo ya no protesto, muchacha.

—¡Pero vas a marcharte de aquí!

—Lo siento, no lo haré. Éste es, por el momento, el único refugio que me queda. He perdido mucha sangre y necesito reponer fuerzas.

—Te advierto que…

—Sí, ya sé. Que vendrá a buscarte otro hombre y me matará. Todo eso es muy divertido. ¿Pero no has dicho que había otra cosa que no entendías tampoco?

—Sí, claro. Antes has dicho que habías ocupado el lugar del muerto. Pero ¿dónde está el muerto? ¿Dónde lo has metido?

El dijo suavemente:

—Mira.

Levantó con una sola mano la pesada cama, y debajo vio Irina el cadáver que poco antes ocupaba el ataúd. Lo había tenido allí desde que empezaron a hablar.

Sintió que las rodillas se le doblaban y necesitó apoyarse en la puerta para no caer.

A partir de ese momento ya no se atrevió a decir ni media palabra.

CAPÍTULO VII

Irina había dicho que muy pronto vendría un hombre a verla. Y no sólo había dicho la verdad, sino que además se había quedado corta: Porque a Montgomery no llegó un hombre, sino dos.

Uno de los hombres era alto, cuadrado, fuerte, un verdadero coloso que parecía construido con cables de acero.

Llevaba un revólver y un cuchillo. La funda del revólver estaba ceñida a la pierna por una corredla, y el punto de mira del cañón estaba limado, para facilitar el que el arma saliese con mayor rapidez.

Sus ojos fríos, claros, casi inhumanos, eran los de un auténtico pistolero profesional.

El otro hombre, en cambio, parecía estar hecho papilla.

Vestía bien y no llevaba armas, al menos visibles. Tendría unos treinta y cinco años, aproximadamente seis u ocho más que el gigante que le acompañaba. Sus facciones estaban bastante pálidas, y llevaba un brazo en cabestrillo. Los dos entraron en el hotel y se acercaron al mostrador de recepción. El más viejo arrastraba los pies y tenía que apoyarse continuamente en su acompañante.

El dueño del hotel se inclinó hacia ellos.

—¿Señores?

—Quisiéramos alojamiento por unos días en este hotel —dijo él que parecía hecho cisco.

—Estamos ahora a rebosar, pero…

—No me diga que no tiene nada.

—Al contrario, están de suerte. Precisamente hoy ha quedado una habitación libre. Es magnífica, se lo aseguro. Tiene el número 14.

—¿Y por qué ha quedado libre? ¿Es que a su último ocupante no

le gustaba?

—Les aseguro, señores, que su último ocupante ha salido de ella sin decir esta boca es mía.

Los dos hombres se miraron unos instantes.

—Bueno, nos la quedaremos —dijo el pistolero—. ¿Tendrá dos camas?

—Podemos instalárselas, señor.

—Hágalo.

La voz del gigante era helada y cortante como un cuchillo.

—Naturalmente, señor. ¿Sus nombres?

—Burnley —dijo el gigante.

El dueño lo apuntó.

—¿Y el suyo, señor?

—Evans —susurró el que tenía aspecto de enfermo.

—¿Quiere que le ayudemos a subir? La habitación está en el primer piso, y la escalera es algo empinada.

—No necesito ayuda, gracias.

Pero cuando iba a avanzar hacia los peldaños por poco cae de narices al suelo.

Su compañero, el gigante, le sujetó en el último momento.

—Vamos, Evans, hay que tener valor. Luego descansarás.

—Es que…, ¡es que no puedo más!

—Te acostarás enseguida. Haremos que te sirvan la cena en la cama.

—Desde luego, señores —se anticipó el dueño del hotel—. Estarán bien atendidos.

Cuando ya iba a poner el pie en el primer peldaño, el gigante se volvió lentamente.

—¿Hay aquí una señorita que se llama Irina?

—Irina, Irina…

—Tiene que recordarla. Está estupenda.

El dueño del hotel puso los ojos en blanco.

—Ya caigo, señor. En efecto, la señorita Irina. Ocupa la habitación número 13. ¿Por qué?

—Por nada —dijo su compañero—. Ya lo verá.

Y siguió subiendo.

CAPÍTULO VIII

La verdad era que Irina no podía quejarse, al menos por el momento, del hombre a quien había tenido que alojar a la fuerza en su habitación.

Duncan se mostraba como un tipo muy discreto. Y su discreción consistió en tumbarse en el diván que había al otro lado de la habitación, enfrente de la cama, y ponerse a dormir a pierna suelta como un pirata borracho.

Antes de cerrar los ojos había dicho a Irina:

—Podrás avisar al *sheriff* si te da la gana, e incluso ponerte de acuerdo con él para tenderme una encerrona. Pero si lo haces, correrá mucha sangre, muchacha…, y no me gustaría que esa sangre fuera precisamente la tuya.

E Irina no se había movido. Pero su quietud no obedecía al miedo, sino a la reflexión. No le convenía armar un tiroteo terrible en su propia habitación, exponiéndose a perder la vida y condenando de paso a muchos otros seres. Era mejor dejar las cosas como estaban y esperar los acontecimientos.

Por fin, sobre las tres de la madrugada, Duncan despertó.

Acarició su revólver, que no había soltado un solo momento, se frotó los ojos con la mano izquierda, mientras se sentaba, y luego miró un instante en torno suyo, ligeramente aturdido, como si no recordase muy bien en qué sitio estaba.

Sus ojos se abrieron mucho, intensamente, mirando a la muchacha que tenía frente a él.

Irina no se había acostado. No se había desvestido siquiera. Estaba sentada frente a él, en el lecho, mirándole fijamente con sus profundos y quietos ojos color miel.

Verdaderamente, la muchacha era algo digno de verdad, algo

dotado de una belleza cálida, turbadora, incitante, algo cuya sola existencia hacía palpitar la habitación entera.

Había cruzado las piernas, y sus largas medias negras se apreciaban hasta la curva de la rodilla. Ahora que se daba cuenta de que el pistolero la estaba mirando, su respiración agitada hacía que el escote subiera y bajara con rapidez, de un modo casi obsesionante. Sus ojos color miel recorrieron cada línea del cuerpo del hombre, como si lo estuviera analizando.

—¿Qué hora es? —preguntó Duncan, con voz poco clara.

—Las tres de la madrugada.

—Concho, sí que he dormido.

—Tienes un modo muy fino de hablar, Du… Te llamas Duncan, ¿verdad?

—¿Es que no recuerdas ni el nombre de tu marido?

—Nunca me ha importado recordarlo.

Duncan se acercó a la limpia palangana que había en un ángulo de la pieza, la llenó de agua y se lavó la cara y las manos antes de volverse de nuevo hacia Irina. La herida del brazo había dejado de sangrar muchas horas antes, aunque presentaba una larga y fea cicatriz.

—Llevaba muchas horas sin dormir —dijo, a manera de disculpa —. Me perseguían constantemente.

—No necesitas disculparte. Ya sé que todas las bestias necesitan dormir.

—En cambio, yo te agradezco que no hayas llamado al *sheriff*.

—No lo he hecho porque ya he visto bastante sangre en mi vida. No quiero ver más.

Duncan abrió un poco la ventana, para que entrara el aire fresco de la noche y se disipase el leve hedor que impregnaba la habitación. Se dio cuenta de que la muchacha estaba tensa, con los nervios a punto de estallar.

—No es una situación muy agradable, ¿verdad?

—Es una situación angustiosa.

—No temas, pronto nos desharemos de ese cadáver.

—¿Cuándo?

—Esta misma noche. Antes de amanecer lo sacaré de aquí y lo cubriré con piedras en cualquier lugar de la llanura. Parecerá la tumba de un viajero a quien alguien ha enterrado por caridad. No

llamará la atención un muerto más en esta tierra.

—Haz lo que te plazca, pero sácalo de aquí. No puedo más. ¡No puedo más!

—Te prometo que lo haré, pero antes tú vas a decirme una cosa.

—¿Cuál?

—¿Qué haces aquí?

—Eso a ti no te importa.

—Puede que no me importe, pero en cambio, hay otra cosa que debo saber. Eso sí que no podrás negármela.

—¿Qué es?

—Sencillamente. ¿Por qué te casaste conmigo?

Ella torció los labios con un gesto de desdén.

—Fue una burda comedia.

—Eso ya lo vi desde el principio. Pero ¿por qué?

—Quería llamar la atención.

—¿Cómo?

Duncan no la había entendido bien.

—La atención —dijo ella—. Quería que la gente se fijase en mí. ¿Lo entiendes ahora?

—¿De modo que no era por cobrar una herencia?

Ella lanzó una carcajada, mostrando la doble hilera de sus blancos y sanos dientes.

—Soy lo bastante rica para que esas cosas no me preocupen.

—Entonces, ¿por qué pretendías llamar la atención? ¿Cuál era tu objetivo? Mejor dicho, ¿cuál es tu objetivo aún?

—Hay un hombre que me persigue.

—No entiendo.

—Pues debieras entendí bien. ¿Tanto te extraña que a mí me persigan los hombres?

—Desde luego, te perseguirán muchos, porque eres lo bastante bonita para que todos los idiotas pierdan la cabeza por ti. Pero tú hablas en otro sentido. ¿Quién va tras tus pasos?

—Un político. Un hombre importante.

—¿Lo conoces?

—No.

—Al menos, sabrás su nombre.

—Se llama Miller…

—¿Y para qué te quiere?

—No me quiere a mí, sino a mis joyas.

—¿Tus joyas?

—Forman una de las colecciones más valiosas del Sur.

—¿Y eso se lo dices a un pistolero? ¿No te das cuenta de que podría robártelas?

—No lo conseguirías.

—¿No?

—¿Piensas que soy tan ingenua como para llevarlas encima?

—De todos modos, sigo sin entender qué tengo que ver yo con esto —susurró al cabo de unos instantes.

—La historia de mi extraña boda tuvo que circular; era inevitable. Era lo mismo que si yo hubiese ido por todo el Sur con un cartel que dijera: «Soy una mujer extravagante», «Soy una caprichosa», «Soy una malvada», o algo por el estilo. Los hombres me seguirían, la gente comentaría aquello. Se susurraría también que soy una mujer fabulosamente rica, con una auténtica fortuna en joyas.

—Pero ¿con qué objeto? ¿Es que quieres llamar la atención de todos los pistoleros y de todos los granujas?

Ella lo envolvió en una mirada desafiante. Fue en ese momento cuando Duncan se dio cuenta —si es que no lo había advertido ya— de que aquella mujer nunca había sentido el miedo.

De que era una de esas mujeres que están dispuestas a llegar hasta el fin de todo lo que se proponen, y a las que no arredra la presencia de ningún hombre.

—Justo —murmuró ella—; pienso llamar la atención de todos los pistoleros y de todos los granujas, como por ejemplo tú.

—¿Con qué objeto? ¿Con el de que te sigan para robarte las joyas?

—Supongámoslo.

—Voy comprendiendo. Te siguen a ti para robarte, y mientras tanto, las joyas las traslada de lugar otra persona completamente desconocida, a la que desde luego no sigue nadie. ¿Acierto?

Ella dijo fríamente:

—Supongámoslo.

—¿Quién es esa persona?

—No estoy tan loca como para decirte eso, Duncan. Demasiado sé la clase de perro que eres.

—Un perro rabioso, según dice la gente —musitó él—. Sí, eso es. Por aquí se bautiza a los hombres con mucha facilidad.

—¿Acaso no es cierto? ¿Acaso no te está persiguiendo una ciudad entera?

El miró a través de la ventana, sin dejar que su silueta se recortase en ella.

—Sí, pero nadie en la ciudad se acuerda ahora de mí. Todo el mundo duerme plácidamente el sueño de los justos. Y yo voy a aprovechar para llevarme el fiambre y salir de aquí. Creo que, si los dos tenemos un poco de suerte, no volveremos a vernos, muchacha.

—En todo caso, la suerte la tendré yo.

—No creas, y yo también la tendré si no vuelvo a encontrarte. A ningún hombre que vaya a morir joven le conviene tener delante de los ojos una mujer tan bonita.

Fue hacia la cama, levantó a Irina de un solo gesto, a pesar de la resistencia y los pataleos de ésta, y la sentó en el suelo. Irina hizo, muy en contra de su voluntad, una fabulosa exhibición de piernas, pero Duncan no pareció impresionarse por ellas ni poco ni mucho.

Levantó la cama y sacó de debajo el cadáver, cargándoselo sobre los hombros sin aparentar esfuerzo, a pesar de que no debía haber probado bocado en muchas horas.

—Concho, cómo pesa… —masculló, sin embargo, mientras abrió la puerta.

—¿Por dónde vas a sacarlo?

—Por donde he entrado. Por el techo de la cuadra.

Hizo un gesto con la mano izquierda, saludando a la muchacha y añadió:

—Abur. Cuando me maten, ya te enviaré una esquela, para que sepas que puedes casarte otra vez.

Ella susurró, por entre sus dientes apretados:

—Maldito, ya deberías estar muerto… ¡Muerto mil veces!

Pero Duncan no la oía. Había salido ya con su siniestra carga.

CAPÍTULO IX

No llevaba Duncan ni media hora fuera de la habitación, cuando Irina, que por fin empezaba a desvestirse, para descansar unas horas, oyó un leve rumor junto a la puerta.

Tuvo un sobresalto, creyendo que Duncan volvía, y lamentó en este momento no disponer de un revólver para demostrar bien claramente que no quería verle más en todos los días de su vida.

Pero no debía ser Duncan. La persona que estaba al otro lado de la puerta hacía mucho más ruido al pisar.

El pomo de la puerta giró lentamente, ante los ojos muy abiertos de Irina.

En vista de que la puerta estaba cerrada por dentro, llamaron con los nudillos.

—¡Abra! ¡Abra, señorita Irina!

La voz era dura, autoritaria, y, desde luego, no era la de Duncan.

La muchacha se puso una bata sobre los hombros y abrió. Comprendió que no le quedaba otro remedio.

El tipo que apareció enmarcado en el umbral la dejó sin respiración, y no precisamente porque fuera muy guapo, sino por la terrible sensación de fortaleza y potencia que daba su cuerpo.

Era un auténtico gigante, cuyos músculos y cuyo rostro parecían haber sido amasados con acero. Llevaba un revólver cuya funda estaba atada al muslo por una correílla. Irina, a pesar de su escasa experiencia, se dio cuenta también de que el punto de mira del cañón estaba limado, sin duda para que el arma saliese de la funda con facilidad. Por si eso fuera poco, el extraño visitante llevaba también un cuchillo.

Irina susurró:

—¿Qué quiere? ¿Piensa que a estas horas puede llamar al

dormitorio de una señorita, y mucho más con esa pinta de verdugo?

—Usted es Irina, ¿no?

—En efecto, ése es mi nombre. ¿Qué quiere?

El tipo empujó suavemente a la muchacha y entró en el dormitorio, cerrando la puerta a su espalda.

Ante los asombrados ojos de Irina, se sentó tranquilamente en la cama, sacó un grueso cigarro de uno de los bolsillos de su chaleco y le prendió fuego mientras miraba la figura femenina con verdadero deleite.

—De modo que es usted… —dijo pensativamente.

—Sí, soy yo. ¿Ha necesitado todo ese tiempo para llegar a tan importante conclusión? Yo soy yo. ¿Y usted quién infiernos es? ¿Cuál es su nombre, si es que a los gorilas también los bautizan?

Las poco agradables palabras parecían resbalar sin causar efecto alguno sobre la piel coriácea del hombre.

—Usted no me conoce, desde luego.

—No tengo ese disgusto.

—Pues bien; yo soy Miller.

Irina quedó un momento paralizada, atónita, sin saber qué pensar. La sorpresa, se reflejó en su rostro, a pesar del perfecto dominio de sí misma que tenía en casi todo momento.

—No…, no creí que un político tuviera ese aspecto —dijo.

—¿De qué tengo aspecto? —inquirió el gigante.

—De asesino profesional.

El hombre lanzó una carcajada violenta, ronca y áspera, una carcajada que hizo vibrar los cristales de la ventana.

—Los políticos también podemos tener una buena planta —dijo al fin.

—Pero esos ojos no son los de un hombre habituado a lanzar discursos en el Congreso, sino los de un hombre acostumbrado a matar.

El se encogió de hombros.

—Uno tiene que saber hacer de todo en esta época —dijo tranquilamente—. Bueno, vamos al asunto. Habíamos acordado vernos aquí, y yo he acudido puntualmente. No he dado en el hotel mi verdadero nombre, para no llamar la atención.

—¿Qué nombre ha dado?

—He dicho que me llamaba Burnley.

—¿Viene solo?

—No, pero el tipo que me acompaña es como si no existiera. Se trata de un viejo amigo a quien la guerra ha hecho perder casi todo lo que tenía y que además está herido y enfermo. Un pobre tipo que apenas puede tenerse en pie.

—¿El está enterado de esto?

—Ni idea.

—Muy bien, entonces, de acuerdo… ¿Dónde está mi padre?

—Su padre, el orgulloso señor del Sur, el hombre que lo tenía todo… —Y ante el gesto de protesta de Irina, añadió—: Sí, claro que yo ya comprendo que una hija debe estar dispuesta a cualquier sacrificio por su padre. Eso es incluso bonito, y desde luego la honra, señorita Irina. Pero usted ya sabe que su padre cometió un grave error y fue el de hacer espionaje en el Norte durante la guerra, trasladando secretos militares al Sur. Podíamos haberle fusilado, pero yo lo protegí y guardé las pruebas. Puede decirse que ese hombre me debe la vida a mí, exclusivamente a mí.

—¿Por qué habla así, como si fuese un héroe? Usted no lo hizo desinteresadamente —dijo Irina con voz seca.

—Oh, claro que no… Un político está en el candelero pocos años y ha de hacer cosas para ganarse la vida. Yo le escribí a usted e hice enviar la carta por un mensajero de confianza. Le pedía toda su colección de joyas a cambio de la vida de su padre. Se lo entregaría sano y salvo, junto con las pruebas que hubieran bastado para condenarle, a cambio de esas alhajas. Usted accedió, concertando incluso que me las enviaría por medio de un oficial sudista, un tal Red Stanley.

Irina se mordió el labio inferior. Sus recuerdos parecían atormentarla. Algunas escenas de su violento, de su borrascoso pasado, parecían estar clavadas en sus ojos y formaban una arruga vertical en su frente.

—Cierto —dijo con voz baja y lenta—; el capitán.

Red Stanley tenía que efectuar una misión secreta en territorio del Norte poco después de su boda. El estaba… digamos enamorado de mí, y yo pensaba pedirle que cumpliese el encargo de entregar las alhajas y traer a mi padre sano y salvo. Pero, justo cuando pensaba pedírselo, conocí la noticia de la paz de Appomatox. La misión del capitán Stanley quedaba, pues, anulada. Le despedí lo

mejor que pude, puesto que ya no me era útil.

El gigante rió otra vez, pero ahora suavemente, con una risa lenta y burlona.

—La clásica millonaria del Sur, joven y bella, acostumbrada a jugar siempre con los corazones de los hombres, ¿no?

—Eso no es asunto suyo, Miller…

—De acuerdo, de acuerdo… Yo lo que pretendo es hacerme rico, no hablar del corazón de las mujeres. Fue luego cuando le volví a escribir, en vista de que el encuentro con ese oficial no había tenido lugar, exigiéndole una entrevista para terminar el negocio. Pero usted me pidió casi un mes de tiempo. ¿Por qué tanto?

—No podía viajar con las joyas. Necesitaba despistar a cualquiera que pensase robarme.

—Una prudente política. ¿Y qué hizo para lograrlo?

—Lo que en apariencia no debía haber hecho, o sea, llamar la atención para que todo el mundo viniera detrás mío. Me casé con un condenado a muerte —Irina se estremeció ante el recuerdo—, no lejos de aquí, en Texas, sólo para que se comentasen mis excentricidades de millonaria y se hablase de que yo había de cobrar una fabulosa herencia. Aparte de eso, no hice nada para ocultarme, sino al contrario.

En los ojos fríos e inhumanos del hombre se marcó una chispita de comprensión. Hizo un gesto suave.

—Empiezo a entender. Todos los que pensaran en sus riquezas, y especialmente en sus joyas, la perseguirían a usted, pero, en cambio, las alhajas las transportaba otra persona. ¿Me equivoco?

—No se equivoca. Ha acertado. Durante este mes he tenido la sensación de que me vigilaban muchos granujas, pero en cambio, las alhajas no han corrido ningún peligro.

—¿Y dónde están ahora?

—No lejos de aquí. Las tendré, como máximo, mañana.

—¿Y quién las lleva?

Irina rió suavemente, volviendo ahora a sentirse dueña de la situación, aunque la presencia de aquel gigante hubiese amilanado a cualquiera.

—No se lo diré, Miller. Naturalmente que no se lo diré. Mañana haremos el negocio, mejor dicho, lo hará usted, y se terminará esta estúpida comedia.

—¿Y no tiene miedo de que roben a la persona que lleva las joyas? —preguntó todavía él, desconfiadamente.

Ella volvió a reír, pero en sus ojos color miel palpitaba una profunda tristeza.

—No… —dijo—. Es una mujer de la que nadie, absolutamente nadie, puede sospechar que lleva algo de valor encima…

CAPÍTULO X

En aquel momento, «Pulpo» Raymond, que quería ser un tipo muy gracioso, le estaba diciendo a Eleonora:

—¡Vaya idiotez! Una mujer que podría vivir muy bien de sus piernas, bailando, está viviendo muy mal de sus manos, fregando vasos.

—¿Y eso le importa a usted algo?

—¡Claro que me importa, nena! Es que si ganaras más, yo podría hacer un sacrificio y casarme contigo.

—Nunca me casaría con un hombre que se llama «Pulpo» Raymond.

—¿Y tú? ¿Es que tienes nombre de reina?

—Me llamo Eleonora Bel y Blanca de Gul. ¡Mis padres fueron gente ilustre venida a menos! —soltó orgullosamente ella.

—Pues, nena, un nombre tan largo te sirve de bien poco.

—¿Quiere dejarme en paz?

—¡Oh, claro, claro! ¡Te da vergüenza que a una reina como tú la vean ocupada en tan bajos menesteres!

—Mire, yo siempre trabajo en el saloon a esta hora, cuando está amaneciendo, para no tener que encontrarme con latosos como usted. Pero veo que el sistema empieza a no dar resultado. Sírvase marchar de aquí o me veré obligada, muy a pesar mío, a romperle en la cabeza una botella de esa inmundicia llamada licor.

—¡Rómpemela, Blanca, Blanquita mía…!

—¡No me llame Blanca! ¡Mi nombre es Eleonora!

—Bueno, Blanca, menos monsergas y sírveme una copa de *brandy*.

—No estoy empleada aquí para servir. Y además, el establecimiento está cerrado hace rato.

De pronto se oyó una traca de disparos hacia la parte norte de la población.

—¿Qué es eso?

No era aquella hora la típica de las broncas ni de las muertes callejeras. La mayor parte de los habitantes dormían ya. Por otra parte, tantos disparos, y casi todos con rifle, no presagiaban nada bueno. Al guardián del saloon se le erizaron los cabellos.

—No son tiradores aislados —musitó—. Es una cuadrilla. Desde la rendición del Sur, esto se ha puesto cada vez peor.

Los disparos se repitieron, ahora más cerca. Se oía ya el tumulto de varios jinetes galopando en la calle principal. A los disparos de rifle respondió el crepitar de revólveres.

Los batientes del saloon fueron empujados desde fuera y tres hombres empuñando «Colt» entraron de espaldas, mientras disparaban rabiosamente con ellos. Sus disparos iban dirigidos a la calle, donde era ya casi ensordecedor el tumulto de los jinetes. El guardián del saloon reconoció a los que acababan de entrar. Eran los comisarios del *sheriff*.

—Pe… ¿pero qué ocurre? —gritó.

—¡Una banda organizada! ¡Tratan de matarnos!

Eleonora comprendió. Aquellos tres comisarios eran el único vestigio de Ley que quedaba en la ciudad.

Muertos los tres comisarios, el jefe de aquella banda, fuese quien fuese, se convertía en el verdadero dueño por unas horas, hasta que intervinieran los militares.

Y los tres comisarios iban a morir bien pronto, a lo que parecía. Uno de ellos cayó hacia adelante, retorciéndose, con el cuerpo mordido por una rociada de plomo.

—Es Mike Rafols —dijo uno de sus compañeros, mientras se parapetaba tras una ventana—. ¡Y trae a sus espaldas a más de ocho granujas armados!

En efecto, eran más de ocho los hombres que acababan de penetrar en la ciudad. Los comisarios, sorprendidos, no iban a durar mucho, y menos contando solo con la débil protección que ofrecían las paredes del saloon.

Otro cayó con la cabeza perforada. Larry, el guardián del saloon, que no había salido aún de su asombro, extrajo sus dos revólveres y corrió hacia una ventana. El único comisario que quedaba vivo,

gritó:

—¡Carga tú los revólveres, muchacha!

Eleonora no estaba acostumbrada a todo aquello, pero obró igual que si lo estuviera. Se deslizó con la agilidad de un gato hasta llegar a la ventana donde se hallaba el comisario y empezó a recargar con rápidos movimientos el revólver que éste había soltado, empleando para ello las municiones de los muertos. En la calle sonaban gritos de agonía, señal de que entre los asaltantes había bajas también. El comisario y Larry continuaban disparando, pero estaba bien claro que su resistencia no podía durar indefinidamente. Al tender el revólver, Eleonora vio que el comisario estaba quieto, doblado sobre el alféizar, y que de su boca manaba un hililllo de sangre.

Lanzó un grito de espanto. En este momento, Larry se volvió hacia ella.

—¡Huye, muchacha, huye!

—Me quedaré mientras haya una bala.

Larry sonrió de una forma extraña, con una mueca donde había asombro y admiración a la vez.

—Huye, muchacha. Te juro que ahora hablo con toda serenidad. Si no lo haces estarás perd…

Varias balas pesadas de «Winchester» entraron aullando a través de los batientes y de la ventana. Una de ellas encontró en su camino la cabeza de Larry.

Éste cayó fulminado, con el rostro vuelto hacia la muchacha. Eleonora ahogó un grito de horror.

Y de repente se hizo un gran silencio.

Súbitamente, Eleonora percibió el sonido cantarín de unas espuelas mexicanas.

Los batientes fueron empujados y entró Mike Rafols.

Eleonora lo conocía de haberle visto varias veces en la ciudad, cuando actuaba como guía militar del Sur. Mike Rafols vestía de negro, pero con un sombrero inmaculadamente blanco. Llevaba al cinto dos revólveres de plata y marfil. Y en los ojos una mirada muy extraña.

Era la mirada a un tiempo sorprendida y satisfecha del que acaba de encontrar, con más facilidad de lo que esperaba, todo aquello que andaba buscando.

Sus ojos recorrieron centímetro a centímetro el delicado cuerpo de la muchacha.

—Buenos días, Eleonora. No puedes imaginar la alegría tan grande que siento al encontrarte, nena.

—¡Canalla! —barbotó ella—. ¡Miserable!

—He venido por ti, preciosa.

—Usted ha venido para beber sangre.

—Te sorprenderías si supieras el enorme papel que juegas en todo esto, preciosa —rió Mike—. Puede que el destino de Montgomery se haya decidido gracias a ti. De no ser por tu hermosura, Mike Rafols no se hubiera molestado en armar tanto jaleo, ni se hubiera expuesto a ser perseguido por los militares yanquis.

Eleonora rió seca, nerviosamente.

—¿Mi hermosura? Con tal de no ofrecérsela, soy capaz de dispararme un balazo en la cara.

Los batientes se abrieron otra vez. Unos cuantos individuos que iban vestidos con ropas de vaqueros, entraron, empuñando todavía sus rifles.

—No hay más enemigos en la ciudad, jefe. Prácticamente somos los amos esta noche. En el campamento militar no se enterarán de lo ocurrido hasta que amanezca.

—Seremos los dueños a partir de ahora. Yo me ocuparé de eso.

Los ojos de todos los hombres estaban posados en Eleonora. Parecían atravesar su ropa.

—¡Vaya, jefe, la ciudad empieza a ser divertida!

—Mucho —silbó Mike Rafols.

Miró a la muchacha con mucha más fijeza que antes y ordenó:

—Baila.

—¿Está loco?

—¡Baila!

Eleonora, desolada, miró a su alrededor. Sólo los muertos y aquellos miserables que la rodeaban por completo. Eran ya ocho, al menos. En la ciudad no se escuchaba ningún sonido, porque todos debían estar a la expectativa, aguardando en sus casas. Desde arriba, desde el piso primero del saloon, tampoco llegaba ningún rumor. El dueño del saloon y su familia, dándose cuenta del peligro, debían estar acurrucados en sus dormitorios, si es que no se habían

descolgado ya por las ventanas, huyendo como liebres. Eleonora se dio cuenta de que estaba absolutamente sola.

—No me moveré —dijo.

—Entonces te haremos mover nosotros.

Se abalanzó sobre ella antes de que la muchacha pudiera evitarlo, y la sujetó por la cintura. Levantándola en vilo, la arrojó contra uno de los pistoleros, que la recibió en sus brazos. Los otros comenzaron a soltar brutales risotadas al darse cuenta del juego. Eleonora gimió, cuando pasaba por los aires hacia los brazos de otro pistolero. Éste se atrevió ya a besarla en la boca.

Pero antes de que pudiera conseguirlo, Mike Rafols ordenó:

—¡Quieto! Soy yo quien empieza.

El pistolero dejó caer a Eleonora al suelo, como si fuera un fardo.

—Ya me estoy cansando de tus imposiciones, Mike Rafols —gritó—. En todo el día no haces más que mandar, mandar… ¡Y cuando hay una mujer de por medio, yo no admito imposiciones de nadie!

—¿No?

La voz de Mike era burlona, calmosa.

Eleonora, dándose cuenta de que la atención de todos estaba centrada en la disputa, comenzó a deslizarse con mucha lentitud entre las piernas de los pistoleros. Su intención era llegar hasta uno de los revólveres caídos junto a los muertos. En ese momento Mike Rafols silbó:

—¡Soy yo el que se ha cansado de ti y voy a demostrártelo!

Se inclinó, empuñando los dos revólveres con la velocidad de un felino. Tiró con el derecho a través de la funda y luego con el izquierdo. El pistolero, que había tratado de manejar su «Colt» derecho, cayó con el corazón atravesado. La otra bala, disparada por Mike con una matemática y fría precisión, le perforó la cabeza.

Durante unos minutos se hizo en el saloon un espantoso silencio.

—Bueno, estúpida. ¡Baila de una vez! —gritó Mike Rafols.

Había mirado al suelo al decir eso. Pero la muchacha ya no estaba allí. Eleonora se había deslizado fuera del círculo de piernas de los pistoleros y se había apoderado del revólver de uno de los muertos. Mike Rafols lanzó una maldición.

—¡Detenedla!

Uno de los pistoleros se apresuró a obedecer. Levantó el rifle con ánimo de descargar la culata sobre la cabeza de la muchacha. Pero ésta disparó una sola vez y se llevó por delante la oreja derecha del pistolero. Luego saltó hacia la puerta con la agilidad de una gata.

—¡Al que se mueva, lo abraso!

No hablaba en broma. La cara ensangrentada del pistolero era la mejor señal de ello.

En realidad, la muchacha estaba temblando de miedo. La mano con que empuñaba el revólver se estremecía continuamente. Era una simple cuestión de segundos el que los pistoleros llegasen a notarlo.

Fue Mike Rafols el primero.

—¡Maldita…! ¡Te voy a…!

Llegó a «sacar» otra vez y hacer fuego, pero la muchacha ya no estaba junto a la puerta. Era maravillosa aquella agilidad, aquella elasticidad de la que daba muestras. Sólo una bailarina consumada podía poseerlas. La bala de Mike se perdió en el vacío, porque la muchacha ya estaba en la calle Una vez allí, hizo algo que la acreditaba como mujer nacida en lo más rudo del sur, pese a todos los refinamientos. Montó de un salto a lomos de un caballo y empezó a disparar frenéticamente al aire para espantar a los otros, mientras emprendía un rabioso galope.

Los caballos brincaron desordenadamente, huyendo en todas direcciones. La mayor parte la siguieron a ella. Mike Rafols y sus hombres comenzaron a aullar desde la puerta, disparando como locos. Pero la muchacha ya estaba lejos de allí, camino de los montes.

Antes de llegar a estas montañas, se iniciaban las manchas verdinegras de los bosques.

La muchacha, mientras se dirigía hacia ellos, tenía la sensación de ser una pobre niña fugitiva y desvalida de las que aparecían en los cuentos que leyó en su infancia.

«Sólo faltaría que ahora encontrase una casita con un ogro o con siete enanitos», pensó en un momento de amarga ironía.

Y resultó verdad. Allí, a lo lejos, en el lindero del bosque, estaba la casita.

En ella palpitaba una luz.

Si en algún momento se había encontrado Eleonora

completamente desamparada y sola, era éste.

No tenía dónde elegir. Era inútil pensar seguir galopando indefinidamente, hasta que el caballo se negase a seguir más allá. Necesitaba encontrar a alguien que la protegiese por el momento, si es que en aquella tierra había alguna persona capaz de hacerlo desinteresadamente. Pronto los hombres de Mike Rafols encontraría nuevos caballos, y como eran mejores jinetes que ella, la persecución se transformaría pronto en una cacería.

¡En cambio, si alguien pudiese esconderla, aunque sólo fuera durante veinticuatro horas!

Se iba acercando a la casa. Su montura daba ya señales de cansancio. Era tonto suponer que pudiera ir mucho más allá.

Con alguna dificultad, Eleonora la dirigió hacia la casa.

Ésta estaba hecha de troncos, pero no de cualquier manera. Tenía detalles de buen gusto y parecía en realidad un adorno del bosque. A pesar de que en las ventanas había luz, no se advertía a su alrededor el menor síntoma de animación.

Eleonora descabalgó, dominando su miedo, y dio un golpe en las ancas de su montura, para que se perdiera entre el bosque.

Entró sin llamar. La puerta sólo estaba entornada.

Y lo que vio le hizo lanzar un gemido.

CAPÍTULO XI

Un hombre estaba sentado en el suelo de la única habitación de que constaba la casa. Un hombre vestido con ropas vaqueras algo sucias y por cuyo pecho corría un delgado hilillo de sangre.

Era alguien a quien Blanca Eleonora no había visto nunca.

Un pesado revólver descansaba en su mano derecha y sus ojos brillantes miraban hacia la puerta con una expresión que hacía estremecer. La muchacha se dio cuenta de que aquel revólver le apuntaba directamente al centro de la cabeza.

Fue eso lo que le hizo lanzar un gemido, aunque casi al instante se rehízo y se apoyó tambaleante en la jamba de la puerta.

—¿Quién eres? —masculló el hombre.

—¿Y tú?

—Eso no te importa. ¡Contesta!

—Yo trabajaba en Montgomery. Después de la desintegración de la casa donde estaba empleada, hube de… hube de buscar un nuevo empleo, esta vez en el saloon. Era la encargada de la limpieza nocturna.

Ante la expresión sorprendida del hombre, balbució:

—Muy poco distinguido, ¿no?

—Todo lo que era distinguido se ha acabado al acabarse el Sur —dijo el hombre abruptamente—. ¿Y qué te sucede ahora?

—Me persiguen…

—¿Quién?

—Los hombres de un granuja llamado Mike Rafols.

El que estaba sentado en el suelo arqueó una ceja. Iba sucio y estaba ligeramente herido, pero se advertía en él, sin que pudiera decirse en qué consistía exactamente, una natural e innata distinción.

También un cierto orgullo, como si fuera un hombre acostumbrado a mandar desde que tuvo uso de razón.

Se puso en pie.

Era alto, fuerte y la muchacha se dijo que en otro tiempo debió causar admiración a las mujeres.

Aún la causaba, a pesar de su lamentable estado actual.

—De modo que Mike Rafols… —susurró.

—¿Lo conoce?

—Todos los que servimos en el Sur conocemos a ese granuja, capaz de venderse por una moneda de oro. Nos sirvió de guía militar, pero fue porque nosotros le pagábamos mejor.

—¿Usted… ha servido en el Sur?

El hombre se llevó con suavidad una mano a la frente, a modo de saludo.

—Capitán Red Stanley. Para servirla.

—¿Y… qué hace aquí?

—No he tenido más remedio que vagar como un perro. Formé una guerrilla después de la rendición, pero todos mis hombres han muerto. Ahora ya no sé dónde ir. La verdad era que terminar ahora me hubiese parecido una suerte… hasta que llegó usted.

Acarició el revólver que colgaba de su única funda y añadió:

—Ahora me doy cuenta de que eliminar a Mike Rafols es la última cosa bonita que uno puede hacer antes de quedar tieso.

—¿Quiere decir que…?

—No hay tiempo para elegir, señorita.

Ella no concebía que un solo hombre se enfrentara a seis o siete bandidos profesionales, pero Red tenía razón en una cosa: Ya no se podía elegir. La llanura retumbaba con el rumor de los cascos de los caballos que se acercaban a la casa. Mike y sus hombres habían visto la luz y pensaban con razón que la muchacha no podía sino haberse ocultado en aquella casa.

Red acarició el revólver.

—Lo único que siento —dijo—; es que esto está muy oscuro y no podré ver las caras que ponen cuando la diñen.

Ahora los jinetes estaban a unas cincuenta yardas, pero aún no resultaban visibles. Red esperó a que sus siluetas se dibujaran con cierta nitidez, al estar apenas a veinte yardas, y entonces hizo dos rápidos disparos, tan seguidos, que parecieron uno solo.

Dos figuras parecieron saltar de sus caballos y dieron una trágica voltereta antes de caer a tierra.

Cuatro jinetes más se detuvieron de pronto, frenando en seco, pero eso no hizo más que dificultar su situación.

Red disparó de nuevo, con esa seguridad que sólo tienen los que durante toda su vida no han hecho más que manejar el revólver. Tres figuras se tambalearon trágicamente, antes de conseguir volver grupas, y sólo una de ellas pudo pegarse al lomo de su caballo y emprender la retirada. Red Stanley recargó el arma con movimientos suaves, pero veloces, antes de arriesgarse a salir al exterior.

La muchacha estaba sin aliento. Jamás había visto nada semejante.

—Antes ésta era una tierra pacífica… —fue todo lo que se le ocurrió decir—. Antes aquí imperaba el señorío del Sur…

Red lanzó una carcajada.

—Seguramente esto volverá a ser el tranquilo Sur dentro de unos meses, muchacha, pero ahora las cosas están envenenadas. Todos los pistoleros se han abalanzado sobre la tierra de los vencidos como una manada de buitres, ¿verdad? En fin, eso son tonterías. Quédate aquí mientras yo salgo.

Lo hizo velozmente, pegándose a un costado de la fachada. Uno de los pistoleros, que aún no estaba muerto, hizo fuego sobre él. La bala pegó en los troncos de la cabaña, produciendo un chasquido, y el fogonazo delató al agresor.

Red tiró allí dos veces, mientras se dejaba caer al suelo.

Un aullido de agonía se escuchó a pocos pasos.

Deslizándose sobre sus codos, presto a disparar de nuevo, Red, el antiguo capitán del Sur, fue avanzando hasta llegar junto a los cuerpos de sus enemigos. Una breve ojeada le bastó para comprender que todos estaban muertos ahora. Se puso en pie.

Los fue volviendo uno tras otro, manteniendo el revólver dispuesto por si acaso. Vio que uno de los muertos era Mike Rafols. Había recibido la bala en mitad de la cabeza y sus labios entreabiertos aún parecían dejar escapar el último grito de agonía.

En cuanto al pistolero que había logrado huir, ya no había que preocuparse de él. En estos momentos estaría bien lejos.

Red Stanley volvió junto a la muchacha.

—Camino libre —dijo—. Esa maldita banda ya no volverá a causar más molestias. Supongo que nos estarán maldiciendo desde el infierno, pero eso ya no tiene importancia.

Ella tartamudeó:

—No sé cómo agradecer…

—Nada hay que agradecer, muchacha. Yo no soy más que un derrotado, un perro vagabundo que matará hasta que le maten. Eso es todo.

Y, sin una palabra más, salió de la casa, perdiéndose entre las sombras con el sigilo de un coyote.

Blanca Eleonora corrió tras él, hasta darle alcance.

CAPÍTULO XII

Las sombras de la noche habían caído ya por completo sobre la ciudad de Montgomery, cuando la doncellita negra que Irina ya conocía, pidió permiso para entrar en la habitación de ésta.

—Adelante —dijo Irina, quien desde hacía dos días no se movía para nada de su dormitorio.

—Alguien la espera abajo, señorita Irina.

—¿Quién?

—Una muchacha.

La emoción coloreó súbitamente las mejillas de Irina, aunque logró dominarse para que la doncella no lo notase. La media luz que imperaba en la habitación favoreció aquel disimulo.

—¿Y qué quiere?

—Dice que desea hablar con usted. Es sólo un momento.

Irina se puso en pie.

Llevaba uno de sus vestidos rojos —el color que mejor realzaba la belleza soberana de su cuerpo—, iba peinada con el pelo hacia un costado y sus ojos color miel tenían un brillo suave, pero inquietante. Cuando se acercó a la puerta, sus manos temblaban sin que pudiera disimularlo del todo.

Descendió a la planta baja, pero ya desde lo alto de las escaleras se dio cuenta de que nadie la aguardaba. La muchacha de que acababan de hablarle había desaparecido.

Eso no pareció sorprender a Irina.

Diríase que lo esperaba.

Terminó de descender las escaleras y, ante la mirada mitad de entusiasmo, mitad de asombro del dueño del hotel, salió a la calle.

La acera de tablas correspondiente al hotel estaba relativamente vacía y ello le permitió ver la espalda de una muchacha pobremente

vestida, que se alejaba sin demasiada rapidez.

Irina no lo dudó un momento. La siguió.

Eran dos mujeres distintas, y las dos se dirigían a un mismo extremo de la calle. La que iba delante se daba cuenta de que era seguida y había acelerado el paso.

De pronto pareció esfumarse entre las sombras.

Irina titubeó un momento y al fin comprendió dónde se había introducido la otra muchacha. No podía ser más que un enorme granero situado a la derecha, y cuya negra entrada parecía la de un túnel.

Entró ella también, dando la sensación de que igualmente era absorbida por las espesas sombras.

Vio docenas y docenas de sacos apilados, de los cuales se desprendía un fuerte olor a maíz. Escrutó las sombras, hasta ver una larga mancha blanca a la izquierda.

—¡Blanca! —llamó—. ¡Blanca!

La sombra se movió suavemente, acercándose a ella. La lejana luz permitió ver las facciones de una hermosa muchacha, vestida con ropas muy humildes y casi enteramente cubiertas de polvo.

Irina la abrazó impulsivamente. Hubo en su gesto una ternura de la que ni ella misma se dio cuenta. Cuando besó a la muchacha en ambas mejillas, casi había lágrimas en sus ojos.

—Blanca… —susurró—. Creí que no llegarías nunca…

—He tenido unas dificultades terribles antes de llegar aquí. Todo el Sur está ahora infestado de bandoleros. No sé lo que puede durar esta situación, pero muchas ciudades son ahora un infierno.

—¿Has traído las joyas?

Ella descolgó, por toda respuesta, una pesada bolsa que colgaba de su cuello como si fuera un medallón, mediante una larga cadena. Pero la bolsa no se veía, porque descansaba en lo más profundo del escote de la muchacha.

Irina la recogió con manos trémulas. Allí estaba su fortuna, allí estaba la vida de su padre.

No hizo ningún comentario.

Jamás el brillo de aquellas alhajas le había parecido tan glacial, tan fúnebre, tan carente de alma cómo en aquellos momentos. Jamás como hasta hoy se había dado cuenta con tanta claridad de cuán poco significaban su orgullo de aristócratas del Sur, sus

riquezas y su poderío, que se centraba en unos cuantos brillantes y unas tierras que no podían trabajar por sí mismos, sino en las que tenía que dejarse la vida una legión de esclavos.

Pero Irina no quiso pensar más en eso.

Cerró un momento los ojos.

Allí estaba la vida de su padre y nada más. No debía pensar en ninguna otra cosa.

Susurró:

—Te estoy muy agradecida, Blanca.

—Yo he hecho lo que tenía que hacer.

—Ahora —me da vergüenza pensar que en otro tiempo te tuve como a una sirvienta.

—A mí siempre me tuviste como una amiga, Irina.

—Pero nunca podré pagarte lo que acabas de hacer por mi padre y por mí. ¡Nunca!

Blanca sonrió. Tenía una sonrisa límpida, dulce y suave, una sonrisa que hacía pensar en la sinceridad y en el amor.

Blanca susurró:

—No somos más que dos mujeres del Sur y por eso tenía miedo. No sabía de qué modo hablarte a solas. ¿Te sabe mal que haya empleado el truco de traerte hasta aquí?

—No. Por el contrario. Creo que has sido muy inteligente. El hombre a quien he de entregar las joyas está en mi propio hotel, en la habitación contigua. No quiero que se entere antes de tiempo de que ya las tengo en mi poder. Sería capaz… de cualquier cosa.

—No temas, aquí estamos seguras —musitó Blanca—. Nadie nos ha visto y nadie nos oye…

—Sí… —suspiró Irina.

Y fue precisamente en aquel momento cuando se oyó una voz masculina entre los sacos:

—De modo que, hablando de joyas, ¿eh? Vamos a ver, ¿quién va a enseñarme a mí esos brillantitos y esas perlas?

Irina se estremeció, porque acababa de reconocer aquella voz.

Era la del pistolero Duncan.

CAPÍTULO XIII

La figura del hombre se descolgó, no se sabía de dónde. Apareció entre las sombras como, si flotase por los aires; Las dos mujeres Je miraron atónitas, sin comprender aún qué era lo que sucedía.

Sobre todo. Blanca Eleonora, quien no había visto jamás a aquel hombre.

Duncan vio el estuche y sonrió.

—Ingeniosa treta. ¿Sabes lo que estoy pensando, esposa mía?

—¡Tú te callas!

—Estoy pensando que con eso podría salir de apuros y hasta comprarme una mujercita más amable que tú.

—¡No serás capaz de…!

—¿De qué no es capaz un granuja que ha sido condenado por asesinato; por violación y por diecinueve cosas más?

Irina inspiró aire fuertemente, intentando dominar la tensión casi angustiosa de sus nervios.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, intentando variar el tema de la disputa.

—¿Yo? Descansar.

—¿No tienes otro sitio mejor donde esconderte?

—No olvides que soy un tipo buscado.

Los ojos quietos de Duncan estaban posados sobre la bolsa, bajo la que, pese a la penumbra, se adivinaban los relieves de las joyas que contenía. Y las alhajas que perteneciesen a la orgullosa Irina, la damisela del Sur, no podían ser malas de ningún modo.

—Con eso saldría de apuros —repitió—. Podría largarme a cualquier sitio de Sudamérica. No me encontrarían jamás.

—¿No decías que eras inocente? —preguntó burlonamente Irina —. ¿Desde cuándo los inocentes huyen?

—Es que para demostrar que no soy culpable tendré que matar —susurró Duncan—. Matar otra vez.

—¿Desde cuándo te ha importado a ti eso?

—De todo se harta uno —dijo pensativamente Duncan—. Y de matar me harté el primer día que vi a un hombre tendido a mis pies, después de haberle clavado yo un plomo entre los ojos. Desde entonces quedé harto para siempre. Un día u otro he de terminar; un día u otro he de dejar esta maldita pesadilla.

Palpitaba tal tono de sinceridad en la voz del hombre, que las dos mujeres quedaron silenciosas un momento, sin saber bien qué pensar, impresionadas por la secreta angustia que se adivinaba tras las palabras de Duncan. Pero Irina fue la primera en reaccionar y, como era costumbre en ella, lo hizo en sentido negativo.

—No me digas que lamentas ser un pistolero.

—Lo he lamentado desde el primer día.

—¿Ya quién tendrías que matar ahora?

—A un tipo llamado Bart.

—¿Quién es Bart?

Duncan sonrió suavemente, pero con una infinita tristeza.

—Un agente de los que organizaron las primeras reservas indias. El encerró a mi madre.

—¿Y… y tú qué hiciste?

—Presenté una denuncia a las autoridades. En realidad él había obrado con la más descarada injusticia, puesto que mi madre era viuda de un hombre blanco. Lo destituyeron de su cargo, pero mi madre siguió encerrada en la reserva india.

Irina nunca había sospechado la existencia de aquel mundo cruel, sórdido, casi inhumano, de las reservas y los hombres que las administraban. Para ella la vida había sido plácida y dulce hasta el día en que la guerra empezó. Bruscamente algo desconocido se desvelaba ante sus ojos, algo que, sin saber bien por qué, la ponía infinitamente triste.

Pero aún contestó a Duncan con una frase despectiva:

—Todo eso, ¿qué tiene que ver con tu condenado revólver?

—Bart juró vengarse. Empezó acusándome de violación y logró que le nombraran agente especial para cazarme en cualquier lugar de los Estados Unidos. Yo creo que me ha estado persiguiendo por medio mundo, hasta que al fin me echó el guante e hizo que me

condenaran a muerte. Para que no pudiese librarme de ningún modo, me acusó también de ser uno de los primeros guerrilleros del cabecilla Quantrell. Todo un panorama para un hombre que no tenía un dólar para pedir un documento, para pagar el viaje a un testigo o para contratar los servicios de un abogado. Bart ya me consideraba muerto, pero pude escapar. Fue una especie de milagro que él no me perdonará.

Ante el silencio de las dos mujeres, que le miraban expectantes, añadió:

—Sólo me quedan dos soluciones.

—¿Sí? —preguntó Irina, con un tono de voz levemente burlón.

—Sí, preciosidad. Una de ellas es matar a Bart.

—¿Por qué no lo haces?

—Ya te he dicho que llega un momento en que uno desea no matar más. No tener que matar a nadie.

—Me parece una bella idea. ¿Cuál es la otra solución?

—Tomar esas joyas, largarme a la ciudad de el Paso a uña de caballo, venderlas a un traficante de los que están establecidos allí, largarme luego al puerto de Veracruz, en México, y tomar cualquier vapor de los que salen para Sudamérica. Bart no me perseguiría más. Podría estar tranquilo el resto de mis días.

—¿Después de robar a una mujer?

—Tú eres mi esposa. Nadie considerará que te he robado, cariño. Incluso podrías acompañarme a Sudamérica.

—No eres… más que un canalla. Eres exactamente cómo te conocía: carne de patíbulo.

Duncan no se ofendió ante el insulto. Las palabras parecían resbalar sobre su piel. Se limitó a sonreír, mostrando sus dos filas de dientes regulares y blancos.

—¿Vas a darme esas joyas o te las quitaré yo, Irina?

—¡Atrévete!

Duncan lanzó otra carcajada.

—Bueno, vamos a llegar a un trato, Irina —susurró poco después, cuando su hilaridad hubo pasado—. Supongamos que ya son mías. Te las cambio.

—¿Me las cambias… por qué?

—Por un beso.

Ahora fue Irina la que lanzó una carcajada; pero fue una

carcajada ronca, desgarrada. Fue una de las carcajadas más tristes que había lanzado en su vida, una vida donde hasta ahora no había existido el dolor.

Y, sin embargo, ahora ese dolor la laceraba por dentro, la destrozaba, la corroía. Se daba cuenta de que ella no era más que una mujer sola dentro de un círculo de revólveres. Pero esta vez fue Eleonora la que habló por ella.

—Intente besarla —dijo roncamente—, y le clavaré una bala entre las cejas, forastero. Intente poner las manos encima de estas joyas y haré exactamente lo mismo…

Duncan volvió los ojos hacia ella.

Admiró la escultural figura de la chica, sus ojos profundos, y bien dibujados, su boca que parecía haber sido hecha para besar… o para pronunciar una sentencia de muerte.

—¿Cómo te llamas? —susurró.

—Blanca Eleonora.

—¿Y por qué defiendes a Irina?

—Yo no he sido durante muchos años más que una doncella, pero jamás he encontrado otra persona que me ayudara y me quisiera tanto: Por eso intento corresponder ahora, cuando ella necesita mi ayuda.

Duncan sonrió con suavidad.

—¿Sabes que eres una chica admirable?

—Soy sola una mujer del Sur.

—Ya lo veo. Y veo también que las mujeres del Sur no están tan mal como yo creía.

—Se está burlando de nosotras —dijo Irina amargamente—. Es el pistolero más audaz y más granujiento con quien me he encontrado en mi vida.

Duncan sonrió otra vez.

—¿Sabes? Te has ganado las joyas. No voy a besarte.

Ahora fue Trina la que se sintió estremecida por un secreto desengaño, aunque hizo lo posible por no demostrarlo. Ella misma no lo comprendía, o no quería comprenderlo. ¿Por qué la presencia de aquel hombre le causaba tal estremecimiento de miedo y de placer a la vez? ¿Por qué, al verle, ansiaba cosas que no comprendería nunca, nunca…?

—De modo que no vas a besarme… —preguntó con un soplo de

voz.

—No. Tienes un delecto.

—¿Cuál?

—Eres demasiado rica.

Irina dijo en contra de su voluntad, casi sin darse cuenta:

—Pero si ahora, cuando entregue las joyas, no tendré apenas dinero…

Inmediatamente advirtió lo que acababa de decir. Hizo un gesto altivo, queriendo quitar importancia a sus palabras. Pero la suave y socarrona sonrisa de Duncan fue casi un insulto para ella.

—No vayas a pensar… —empezó a decir.

Pero Duncan susurró:

—Yo no pienso nada, muchacha. Vamos, entrega las joyas a ese buitre y libera a tu padre de una vez.

E inesperadamente, salió del almacén. Las dos mujeres le miraron marcharse, sin comprender, mientras se les abría ridículamente la boca.

Cuando Irina regresó al hotel, sosteniendo con manos trémulas la bolsa de las joyas, comprendió que ya había pasado los peores tragos de su aventura.

Ahora sólo quedaba por hacer lo más sencillo, es decir entregar las joyas y rescatar a su padre. El hecho de que tuvieran que volver a una casa semiderruida, rodeada de tierras abandonadas, no le importaba ya. Juntos reharían su vida.

Llegó al primer piso del hotel y se dispuso a abrir la puerta. Entonces vio la figura de un hombre que avanzaba penosamente por el pasillo.

Daba la sensación de no poder tenerse en pie, y al verla, se aturulló y por poco da con sus huesos en tierra.

Irina le ayudó instintivamente, evitando que cayese. Se dio cuenta de que el hombre parecía estar seriamente herido. Llevaba, además, un brazo en cabestrillo. Por supuesto, no lucía ningún arma.

—Gracias, señorita… —dijo el hombre, con voz balbuciente—. Da vergüenza pedir ayuda a una mujer, pero…

—No se preocupe, no tiene importancia. ¿Cuál es su habitación? Le acompañaré hasta la puerta.

—Es… es eso que ve usted ahí.

Al distinguir el número 14 sobre la puerta, la muchacha tuvo un sobresalto.

—¿Es usted el compañero del señor Miller?

—¿Miller?

Irina sonrió levemente.

—Bueno, ya sé que no es ése el nombre que ha dado en el hotel. Aquí ha dicho que se llamaba Burnley, pero yo sé que su verdadero nombre es Miller.

El hombre a quien Irina acompañaba parecía distraído, ausente. Otra vez daba la sensación de ir a caer de un momento a otro.

—¿Le habló él? —susurró al cabo de unos instantes.

—Sí.

El hombre se encogió levemente de hombros.

—Bueno, yo en los asuntos de mi amigo no me meto. No sé qué tejemaneje se trae ni por qué ha de estar en Montgomery tanto tiempo, cuando creo que aquí no tiene ninguna clase de negocios. Pero usted no me haga casó… Cada hombre es un mundo, señorita. Oiga…

La muchacha se inclinó hacia él.

—¿Qué?

No sabía por qué, pero la voz de aquel hombre, su actitud más bien abatida, invitaban a la confianza.

—A pesar de que estoy herido aún puedo ser útil, señorita. Si usted llega a correr un peligro o necesita algo…, venga a mi habitación. Yo aún podré ayudarla.

—Gracias, pero no creo…

—Nunca se sabe, señorita.

—De acuerdo, lo tendré en cuenta.

Vio que el otro abría la puerta y penetraba en la habitación lentamente. Caminaba con más dificultad que un pingüino por una pista de baile. ¿Y aún se ofrecía para ayudarla un tipo así? A lo mejor él pobre hombre todavía se Consideraba un hércules…

A pesar de sus preocupaciones, una sonrisa afloró a los labios de Irina.

La borró al acercarse a la puerta de su habitación. La abrió y la volvió a cerrar a su espalda.

Y entonces se pegó a la hoja de madera, mientras estaba a punto de lanzar un grito.

Porque el gigante se encontraba allí.

Miller.

Miller sonrió suavemente, y aquella sonrisa pareció una mueca en su boca ruda y demasiado ancha.

Nuevamente Irina tuvo la sensación de que aquel hombre no podía ser un político; de que, incluso en aquella tierra semisalvaje y qué acababa de pasar por una cruenta guerra, los políticos tenían otro aspecto.

Pero ella no estaba allí para pensar, sino para terminar un negocio que salvaría la vida de su padre. Por eso susurró:

—¿Me esperaba?

—Oh, claro que sí… ¿No lo ve?

La muchacha se acercó a su maletín de viaje y lo abrió. No sabía por qué, pero se sentía muy nerviosa. Quizá era porque no estaba acostumbrada a aquella clase de situaciones. En el maletín vio sus objetos de aseo, unas botellitas de perfume y unas grandes tijeras para cortar ropa. Pensó si no le convendría dejar caer las joyas allí, sin que el otro se diera cuenta.

Ahora, sin saber exactamente por qué motivo, tenía miedo. Un miedo que estaba por encima de sí misma.

Cuando iba a dejar caer la bolsita al fondo del maletín, fue interrumpida por la voz del hombre:

—No es necesario que trate de ocultarme eso, Irina. Lo he visto ya desde el principio. Apretaba usted esa bolsa con tanto miedo, que he supuesto enseguida que las joyas estaban allí. ¿Por qué quiere ocultarlas, si me las va a dar de todos modos?

Ella se volvió.

Ya era inútil fingir, en efecto. Más valía dominar su miedo y terminar cuanto antes aquella insoportable situación.

—Voy a dárselas —dijo—, pero antes deberá cumplir una condición.

—Con mucho gusto. ¿Cuál?

—Parece mentira que lo haya olvidado. Ante todo, es elemental que yo vea sano y salvo a mi padre.

El hombre abrió mucho la boca. Lanzó una carcajada.

Fue una carcajada dura, cruel, inhumana, que hizo palpitar de horror las fibras más sensibles de la muchacha.

Una carcajada que duró un largo minuto, durante el cual Irina

no supo si llorar o lanzar repentinamente otra carcajada, pero de loca.

Porque había adivinado la horrible verdad. Porque en su cerebro había penetrado por fin la espantosa idea de que todo aquello había sido una trampa, en la que ella dejaría todo lo que poseía.

Pero no era eso lo que le importaba, sino la vida de su padre. ¡Su padre, a quien aquel asesino debía haber exterminado mucho tiempo atrás!

El hombre que había dicho llamarse Miller avanzó tambaleándose hacia ella.

Parecía borracho, pero no lo estaba. Era la propia seguridad de su triunfo lo que le hacía burlarse de la muchacha, avanzando de aquella manera. La abrazó, tras arrebatar de un manotazo las joyas que ella aún llevaba encima.

—Siempre te he deseado, muchacha… —susurró—. Tu padre me enseñó un retrato tuyo antes de que lo matáramos… y entonces me prometí a mí mismo dos cosas: Que lograría llevarme todas tus joyas y además algo mejor aún… ¡los besos de tu boca!

La estrechó ansiosamente, mientras Irina sentía la angustia de la muerte clavándose en su corazón, en su carne.

Había sido víctima de una trampa miserable. Le habían hecho traer las joyas hasta allí, hasta un lugar donde no pudiera defenderse, con el pretexto de cambiarlas por la vida de un hombre que ya estaba muerto. La habían engañado del modo más abyecto como se puede engañar a una mujer.

Pero no era eso lo peor, sino las manos de aquel hombre acariciándola ansiosamente… ¡Unas manos que convertirían el engaño en algo mil veces más miserable!

Sin darse cuenta, buscando algo con que defenderse, su derecha palpó el maletín. Y entonces sintió un escalofrío al recordar algo…, ¡al recordar que las tijeras estaban allí, al alcance de su mano!

Fue algo instintivo, fue algo en lo que ni tan sólo intervino su voluntad. De repente, notó que su derecha se movía, empuñaba las tijeras y, por dos veces, las hundió en una cosa dura y suave. Notó un estremecimiento en el corpachón del hombre que la abrazaba y de repente el gigante giró sobre sí mismo, mientras una mueca de angustia, de estupor y de miedo, se marcaba en su rostro. Con ojos desencajados, la muchacha vio las tijeras clavadas hasta el fondo, a

la altura del corazón. Vagamente, comprendió que un golpe así tenía que ser mortal. Y tuvo que ahogar un aullido, como si ella misma fuese la víctima de la terrible herida.

El hombre terminó su trágico movimiento de giro y cayó de espaldas a tierra, terminando de clavarse hasta el fondo la punta de las tijeras. Luego ya no hizo un movimiento más.

Durante unos instantes que le parecieron interminables, unos instantes que luego recordaría entre los más angustiosos de su vida, Irina estuvo contemplando al muerto trágicamente contorsionado a sus pies.

Luego un fúnebre pensamiento penetró en su cráneo. Miller era una persona importante, un político que tendría poderosa influencia. A ella la ahorcarían por aquella muerte.

Como una alucinada, igual que en sueños, dio unos pasos hacia la puerta.

Recordó entonces al hombre herido, al que había dicho que podía confiar en él. La muchacha pensó que en este momento no había nadie más que pudiese ayudarla. Ansiosamente fue hacia la habitación número 14 y llamó con los dos puños.

—Abra… ¡Por Dios, abra!

El hombre a quien había conocido poco antes abrió. Seguía encorvado y con el brazo en cabestrillo.

—¿Qué ocurre? —musitó.

—Acabo… acabo de matar a Miller.

El hombre palideció.

—¿Cómo es posible?

—No sólo me había robado, sino que intentaba… intentaba…

—No diga más. ¿Dónde está?

—En mi habitación. La 13.

—Vamos.

El hombre parecía decidido y seguro de sí mismo. Irina agradeció mentalmente el haber encontrado por fin una ayuda eficaz.

Penetraron en la habitación. Nadie había tocado en aquellos minutos el cadáver del gigante, junto al cual descansaba la bolsa de las joyas.

El hombre cerró la puerta a su espalda, tomó la bolsa y miró a Irina.

—¿Fue esto? —susurró.

—Sí… Esto son… las joyas.

El hombre sonrió suavemente.

La suya fue una sonrisa lenta, medida, siniestra, que hizo cambiar su rostro en sólo unos instantes.

Nada más ver aquella sonrisa, Irina comprendió que se estaba asomando a un universo de horror, a un mundo tenebroso donde nada era verdad y donde sólo imperaba la muerte.

El hombre musitó:

—Debo confesarle una cosa, señorita Irina.

—¿Qué…, qué es?

—Yo soy Miller.

Irina sintió que se ahogaba. Le faltaba la respiración.

—Pero, entonces… —balbució.

—Ese estúpido, Burnley, era mi ayudante. Dimos los nombres cambiados en el hotel, para poder permanecer yo en las sombras y asestar el golpe de gracia, si era necesario. Compréndalo… —añadió burlonamente—, no sabíamos si usted estaría protegida. Ahora veo que mis precauciones estuvieron bien pensadas. Y prepárese, señorita Irina, porque… va a morir.

Se movía y hablaba con la suavidad de una serpiente, pero en su mirada latía una implacable dureza. La muchacha se dio cuenta de que aquel hombre era mil veces más peligroso que lo había sido su compañero. Aquel hombre era inteligente, astuto y dañino. ¡Esta vez no podría escapar!

Lo único que se le ocurrió musitar fue:

—Ya decía yo que…, que ése… no tenía cara de político.

El hombre se acercó pausadamente. No llevaba arma visible, pero Irina supo que la mataría, que no podría hacer nada…

Y en aquel momento sonó aquella voz en la ventana:

—Quieto, Miller. Nunca he barrenado la cabeza de un político. Y por Satanás que estoy deseando saber qué impresión causa hacer eso por primera vez…

Duncan había aparecido en la ventana. Llevaba el revólver enfundado, pero en sus labios flotaba una sentencia de muerte.

—No tengo más que dos balas y las dos han sido robadas, Miller —dijo con suavidad—, pero dos plomos son suficientes para

barrenar la cabeza de un cerdo…

Miller dejó caer a tierra la bolsa de las joyas, mientras temblaba espasmódicamente.

—No te atreverás… —balbució—. Estoy herido. No soy más que un pobre enfermo…

—Eso ya está a la vista. Vamos, apóyate en esa pared. No quiero sor…

Duncan, que avanzaba confiado, no pudo decir una palabra más.

De pronto, el brazo «herido» de Miller se movió con una alucinante rapidez. Bajo el cabestrillo de tela, el puño sostenía un «Derringer» de dos disparos y pequeño tamaño. Cuando Duncan lo vio, ya era demasiado tarde.

Irina lanzó un grito.

En aquel momento se dio cuenta de algo que hasta entonces no había querido confesarse, no había querido entender. ¡Ella, la aristócrata, amaba al pistolero surgido del fondo de la llanura!

—¡No! —aulló—. ¡Nooo…!

Sonaron dos disparos.

Jamás había visto nada semejante, jamás aquella muchacha, acostumbrada a lo mejor, había visto contorsionarse a un auténtico gun-man y disparar a través de la funda con aquella alucinante rapidez. Jamás había visto tampoco abrirse la cabeza de un hombre del modo que se abrió la de Miller.

Cayó a tierra, sin fuerzas, antes de que Duncan pudiera sostenerla.

Capítulo XIV

Los dos eran altos, fuertes y los dos tenían aproximadamente veinticinco años.

Ambos llevaban pantalones de color azul, tejanos, camisas negras y dos fundas pistoleras, una en cada lado. Estas fundas estaban sujetas a los muslos por dos delgadas tirillas de cuero, que parecían haber sido anudadas exactamente por la misma mano.

Y sin embargo, a pesar de estas semejanzas, nadie hubiera podido confundir a aquellos dos hombres.

Aparte de sus facciones, que eran remotamente parecidas, las miradas de aquellos dos hombres resultaban radicalmente distintas. Uno tenía una mirada gris, metálica, acerada; el otro una mirada negra, profunda, quieta, un poco siniestra, que hacía recordar la mirada de un verdugo.

Ése, el de la mirada negra, se llamaba Bart.

El de la mirada gris se llamaba Duncan.

Los dos estaban quietos, a unos quince pasos, con las manos ligeramente crispadas a la altura de las culatas, los músculos tensos, dispuestos para el momento de «sacar».

Duncan musitó:

—¿Es ésta buena distancia, Bart?

—¿A ti qué te parece? ¿Es que nunca aciertas cuando uno está a más de quince pasos?

—A veces, si estoy dormido, no acierto. Pero ahora puede que sí. ¿Das tú la señal, Bart?

—Dala tú, buitre.

—Entonces…

A pesar de que Bart había dado la preferencia a su enemigo, fue él quien gritó:

—¡Ahora…!

La voz pareció quebrar el silencio angustioso de la calle. Todos los testigos del desafío contuvieron la respiración, todos los rostros se tensaron. Las manos crispadas de los dos hombres volaron hacia los revólveres y se cerraron sobre las culatas.

Fue menos de un segundo.

Ni los ojos de los más sagaces espectadores fueron capaces de seguir el movimiento alucinante de aquellas manos, la crispación de aquellos dedos hechos para disparar. Cuando sonaron las detonaciones, todos tuvieron la sensación de estar viendo un sueño.

Durante cinco segundos, diez, los dos hombres se mantuvieron extrañamente en pie.

Fue imposible decir cuál de los dos fue alcanzado. Hasta que, de repente, Barí, el de la mirada negra, se tambaleó ligeramente. Sus rodillas empezaron a doblarse poco a poco y fue entonces cuando todos vieron que una mancha roja se extendía por su camisa, sobre el corazón. La bala le debía haber alcanzado justó en el momento de disparar, quizá una décima de segundo antes de que apretara el gatillo, produciéndole una sacudida en los músculos. Seguramente por eso había fallado el disparo, que no llegó a alcanzar del todo a Duncan.

Aunque en la mejilla izquierda de éste se marcaba también una leve línea de sangre. La bala había estado a punto de atravesarle la cabeza.

Un segundo después, Bart había caído.

No fue necesario acercarse mucho a él para comprender que estaba muerto.

El alguacil se acercó.

Inclinándose ligeramente, levantó la cabeza del cadáver y luego la dejó caer de nuevo, inmediatamente miró a Duncan.

—Lo ha dejado liste, amigo. Y Va a tener que dar cuenta de muchas cosas.

—¿Tiene algo que decir? Supongo que el desafío es legal en esta tierra.

—Lo es.

—Y los dos hemos dispuesto de las mismas oportunidades.

—No lo niego —gruñó el alguacil—, y por esto no voy a molestarle a causa de esta muerte. Pero en esta ciudad se Te

persigue, y —en ausencia del *sheriff*, que está de patrulla, yo represento la Ley. Cuando le he visto aparecer en público, he creído que se había vuelto loco.

—¿Qué va a hacer?

No había desafío en la voz de Duncan, sino más bien una especie de curioso aburrimiento.

El alguacil musitó:

—No quiero tomar una decisión en ausencia de mi jefe. Siempre he creído que se le perseguía injustamente, pero ésa es una simple opinión personal. Le voy a dar una oportunidad para justificarse, sin embargo.

Duncan se encogió de hombros y una suave sonrisa asomó a sus labios.

—Está bien —dijo—. Ya que me pone las cosas tan claras, haré provisión de comida y de agua y me largaré a Carson City antes de una hora. ¿Me dejará pagar también la factura del hotel a una señorita?

—Muérase si le apetece, pero hágalo antes de una hora.

—También pagaré el entierro de este hombre.

—¿Del que acaba de matar? ¿Por qué?

—En cierto modo era amigo mío.

—Pues tenían ustedes una curiosa forma de demostrarse su amistad. ¿Desde cuándo se conocían?

—Desde hace unos años, pero ese tiempo lo hemos pasado en persecución continua.

—Lo sé. Sé también que uno de esos revólveres lo ha quitado a un muerto, a un granuja llamado Burnley. Tan —sólo no le detengo por temor a ocasionar más muertes. Soy un hombre demasiado pacífico…— de pronto añadió: —¿Quiere gastar mucho en el entierro? Junto al hotel hay una casa de pompas fúnebres.

—Me entenderé directamente con ella.

—Oiga…, ¿sabe que es usted un tipo curioso?

—Sólo soy un tipo que paga sus deudas.

Duncan dio media vuelta y echó a andar hacia el otro lado de la calle, pero el alguacil le siguió.

—Es usted un tipo curioso —insistió, mientras caminaba junto a él—. ¿Seguro que el muerto se llamaba Bart?

—Sí.

—¿Y por qué iban a despacharse uno al otro?

—Aunque él era agente especial, esto tenía que llegar. Lo he atrasado todo lo posible.

—¡Vaya! ¡Matar a un agente especial! Sus compañeros querrán vengarle, seguro. ¿Sabe que se ha buscado un buen lío con esto?

—Lo sé. Pero también sé que acabará resplandeciendo la verdad.

—¿Por qué lo ha liquidado?

—Mató a mi hermano. No creo que todos los de la «Pihkerton» son hombres que siguen el camino recto. Muchas veces resuelven los asuntos a su manera, liquidando al que les parece bien. Mi hermano fue acusado de cuatrero sin prueba alguna, y ese hombre, Bart, lo mató. Quizá más tarde se dio cuenta de que se había equivocado, pero nunca quiso reconocerlo. Yo le buscaba para matarle y él me buscaba a mí. Lo que ha sucedido hoy tenía que suceder algún día; era inevitable.

—¿Y ahora va a largarse a Carson City?

—Usted me echa, ¿no?

—Pero podría ir hacia el Norte.

—Vengo de allí, y el camino es malo de todos modos. Me iré hacia el Sur, hacia la capital. Y es posible que con el tiempo me aposente en California.

—Procure borrar sus huellas. Los de la «Pinkerton» le buscarán allí.

—Me buscarían aunque me fuese más allá del río Yukón, en las soledades de Alaska. Por eso no voy a preocuparme demasiado. Lo que tenga que suceder, sucederá.

Entraron en la funeraria, cuyo dueño, un tipo esquelético y con la piel de color aceituna, parecía haber sido sacado de uno de los ataúdes que exhibía en su establecimiento.

Acto seguido, él y el alguacil, quien no le perdía de vista, pasaron al hotel, que estaba al lado de la casa de pompas fúnebres.

El hotel constaba de dos pisos, y su dueño era uno de los que habían contemplado el desafío. Miró a Duncan con cierta sonrisita de temor.

—¿Viene a abonar alguna cuenta, caballero?

—Sí. La de la señorita Irina.

Añadió suavemente:

—¿Cuánto debe?

—Veinte dólares, señor.

El joven pagó. Notó que el hotelero se le quedaba mirando fijamente, con expresión compungida.

—¿Ocurre algo?

—Su enemigo, señor.

—¿Qué pasa con él?

—Quizá ninguno de los dos se dio cuenta, pero también se alojaba en este hotel. El… El no ha abonado la cuenta.

—Lo haré yo. ¿Cuánto debía?

—Justo lo mismo. Veinte dólares.

Duncan los pagó. Se estaba quedando sin blanca, pero no importaba. ¿Para qué necesitaba el dinero ya?

El hotelero intervino:

—Había… Había unas cuantas cosas en la habitación del muerto.

—¿Y qué quiere que haga yo?

—En cierto modo le pertenecen.

—Entrégueselas a un pobre. No pienso tocarlas.

—El *sheriff* puede hacerse cargo del caballo y de la silla, además de las armas —dijo el hotelero—. Son las únicas cosas que valen algo. Pero no pueden hacerse cargo de la carta.

—¿Qué carta?

—El señor Bart escribió una esta misma mañana, para mandarla en la diligencia. Creo que no la había entregado al correo aún.

—¿Y a mí qué me importa?

El hotelero se encogió de hombros.

—No le importa nada, ya lo comprendo. Pero puede que en esta carta haya algo urgente, un aviso o un recado del cual dependa la vida de una persona. De todos modos, obre como le parezca.

Duncan apretó los labios. Bueno, en cierto modo estaba obligado a terminar aquellas cosas que Bart había empezado a hacer y que la muerte echó por tierra. Por ejemplo, abrir aquella carta. ¿Para quién diablos sería? Eso era lo de menos, pero no podía negarse a aquella especie de último deber.

—¿Cuál era su habitación? —preguntó.

Epílogo

Duncan descendió poco después y entregó la carta al alguacil.

El rostro del pistolero, del hombre acostumbrado a luchar y a sufrir, permanecía impasible, pero hubiérase jurado que en sus ojos palpitaba un trémolo de lágrimas.

—Tome —musitó, desviando la mirada.

—¿Qué es esto? —preguntó el alguacil.

—La carta de Bart. En ella confiesa que me persiguió injustamente; en ella explica la verdad. Quizás en los últimos días empezó a arrepentirse ya de este juego que no era digno de un hombre. Ojalá Dios le perdone como le perdono yo.

Mientras el alguacil daba vueltas en sus manos a aquella carta que lo cambiaba todo, Duncan musitó:

—No me verán más por aquí. No me verán nunca más por esta tierra.

Y echó a andar lentamente, dirigiéndose a la salida del pueblo.

El alguacil lo miró con silenciosa lástima. Aquel hombre ni siquiera tenía caballo. Era tan desesperadamente pobre y tan desesperadamente honrado, que ni con eso contaba. Estuvo a punto de llamarle, de decirle que se podía llevar un corcel de la cuadra pública y que él abonaría los gastos, pero en ese instante vio que dos mujeres montadas a caballo aparecían tras la última esquina de la calle.

Las dos iban vestidas con ropas masculinas, de pie, y las dos eran tan hermosas que el alguacil hubo de parpadear.

También parpadeó Duncan, quien nunca hubiera podido esperar la presencia allí de Irina y de Blanca Eleonora, aquellas dos mujeres del Sur.

Fingió no verlas y siguió su camino. Irina fue la que tuvo que

detenerle, cruzando su caballo en la ruta.

—Duncan…

—¿Qué?

—He entregado mis joyas a la maestra de Montgomery y he explicado ante el alguacil la verdad sobre tu vida. Podrá haber aquí una escuela gratuita durante más de cien años. Por esas dos cosas no has sido detenido después de encontrar a Bart y desafiarte con él.

—Muy bonito gesto. ¿Y qué?

—Ahora soy tan pobre como tú.

—Pues lo siento. ¿Y qué?

—¿Es que no comprendes, animal?

—¿Qué he de comprender?

—¿Y qué es lo que ha de hacer una mujer del Sur, para decir que se ha enamorado de un pistolero del Norte? ¿Matarlo?

Duncan sonrió. Sonrió abiertamente, alegremente, quizá por primera vez en muchos años.

—Haces mal, muchacha —dijo.

—Yo sé que hago bien. Sube.

Bajó ella misma del caballo para que Duncan pudiera montar llevándola a la grupa, y Duncan lo hizo.

No sabía explicar aún, lo que sentía, pero era una cosa muy dulce y muy importante: Sentía que empezaba a vivir.

Sus ojos fueron hacia la otra muchacha.

—¿Y ella? —musitó.

—Ella —dijo Irina— ha de buscar a un hombre. Un ex oficial del Sur que le salvó la vida. El llegó a explicarle que su primera novia, llamada Chris, con la que iba a casarse, había muerto en una de las últimas refriegas, y que ahora él sólo ansiaba morir. Que se daba cuenta de que no era más que un miserable. Pero detrás de sus palabras y de sus actos latía la honradez de un hombre que está dispuesto a todo por hacerse perdonar su pasado. Eleonora quiere ayudarle en eso.

—Y yo la ayudaré a buscarlo —dijo lentamente Duncan—. La ayudaremos los dos.

Picaron espuelas y se alejaron poco a poco, mientras el alguacil, mirándolos, decía desde el centro de la calle:

—Vaya final para ese pobre hombre, después de lo mucho que

ha sufrido… ¡Largarse por la llanura con dos mujeres, sin tener a nadie que le defienda! ¡Con el miedo que tengo yo a la mía, y es solamente una!

FIN